

8
cm.

86-1
RUI

9-3a-8

130. S. M



1052565

SM 130

POESIAS DE ANGEL RUIZ PABLO



86-1
B 211

POESÍAS

DE

ANGEL RUIZ PABLO

*Regalada
por
su autor
Año 1886*

MAHON

BERNARDO FÁBREGUES, IMPRESOR

CALLE NUEVA, N.º 25

1886



A. 135 A

A CATALINA MANENT VICTORI

*Como prueba del nunca desmen.
tido amor que te profesa y de la
fidelidad que al tuyo guarda, te
dedica este librito*

EL AUTOR.

AL PÚBLICO

«No te humilles para que te ensalcen, porque tu humildad será hipocresía; pero dí de tí mismo la verdad como la sientas, aunque no te la crean como la dices: los que no te crean probarán que están desprovistos de tu modestia y que son incapaces de tu probidad.»

JOSÉ ZORRILLA.

«Sólo con escribir y publicar versos en nuestros días, en que tan poco se estiman, se leen y se compran, da el que lo hace una gran prueba de entusiasmo y de amor devotísimo á las Musas. Por dicha, estas divinidades ejercen singular atractivo sobre bastantes almas, las cuales se consagran con fervor á su culto, sin esperar por ello fortuna y á veces ni gloria.»

Así decía el insigne crítico y novelista, don Juan Valera, en el juicio de un libro de poesías de Eusebio Blasco. Yo, sin atender á estas verdades del célebre autor de «Pepita Jiménez», doy á la estampa la presente colección de mis

poesías, sin pensar en que he de salir del lance con las manos en la cabeza. Ni gloria ni fortuna han de reportarme esta sarta de versos que á tu voracidad entrego, público de mi alma, y á pesar de que estoy de ello convencido, hago el ensayo.

No te diré pestes de mis inocentes composiciones, como hacen muchos autores en sus prólogos para hacerte creer que si están convencidos de que escriben bien, á lo menos tienen la cualidad muy santa y muy buena, de la modestia y de saber despreciarse á sí mismos. Yo no sigo tal camino. Mi franqueza no me permite andar con tapujillos; y como soy tan llanote y tan amigo de decir las cosas claras, dígotte que aunque mis versos no son de los mejores, ni mucho menos, no son los peores que aquí se han dado á luz. Y ya que tragaderas has tenido para engullir tantos adefesios, tenlas para los míos y Dios te dé apetito y te pague con creces el tiempo y el dinero que en ello emplees.

No probaré de hacerte creer que son mis amigos los que á publicar este librito me han llevado, no señor. Yo, si acaso hay crimen, soy el único culpable. Y tú serás el cómplice, tú solo, si quieres favorecerme leyendo mis poesías.

Las cuales ahí van, sin orden ni concierto, enhebradas en las páginas que siguen. Las hay escritas en mi infancia y corregidas ahora; las hay de cuando entré en la adolescencia, y las

VII

frescas, del día, compuestas después de un buen espacio de tiempo, en que las Musas me habían dejado de la mano, y en el cual, dicho sea con perdón de la señora naturaleza, «rompí las cuerdas de mi tosca lira».

A. R. P.

Villacarlos, Agosto de 1886.

I

Soy el poeta de mí mismo.
Yo tengo por lira, mi alma;
por numen, mi corazón;
por Musas, mis esperanzas.

Por esto tienen mis versos
algo de sabor de lágrimas:
por ser tan pocos mis goces
y mis aficciones, tantas.



Yo quise entrar de la ciencia
en el misterioso alcázar,
y al trasponer los umbrales
dejé un pedazo del alma.



Quise lanzarme en el mar
de una sociedad viciada,
sin conocer los escollos
que en sus olas se agazapan,
y á poco mi honor zozobra,
y á poco mi fé se encalla,

y á poco en sus rocas de
mis creencias desgarradas.



¡Ay! sin ilusión, sin fe,
sin átomo de esperanza,
cuando ya el escepticismo
en mí su estigma grababa,
fui á ahondar en el corazón
de una mujer, la mirada.



Ví en él tan rico tesoro
de bondad inmaculada,
de amor, pureza y virtud,
que recobré mi esperanza
y el «creo en Dios» recité
de fe lleno. *¡Hosanna! ¡Hosanna!*

1886.

II

LA CUNA

Arrinconada y vacía
la cuna está, madre mía,
que tú solías mecer
cuando yo en ella dormía.
Allí está, amada mujer,
sola, triste, silenciosa;
allí, aguardando amorosa,
que alguien la vuelva á llenar,
y que la venga á velar
una madre cariñosa.

Falta allí vida y amor;
faltan la madre y el niño;
falta luz, falta calor:
la madre, que es el cariño;
el niño, que es el dolor.

¿La volverán á mecer?
¿Volverán ahí á cantar?
¿Vendrán ahí á padecer?
¿La volverán á animar
el ángel y la mujer?

¡Oh! sí. Si no desvarío,
tú volverás, madre mía,
para colmar mi alegría,
á mecer un hijo mío
en esa cuna vacía.

1886.

III

LAS ESPERANZAS

Ved las olas del mar: suben furiosas
cual colosales, líquidas montañas;
corren, crecen, se encrespan... y sucumben
al chocar con las rocas de la playa.



Así, como las olas de los mares,
son nuestras esperanzas:
nacen, crecen, nos llenan de ventura,
elevan nuestras almas...
y al chocar con la roca del engaño
se deshacen en lágrimas.

1883.

IV

¡VIVA LA PATRIA!

Bate, bate, pobre herrero,
dale forma á ese metal;
forja en la fragua y el yunque
los instrumentos de paz;
dale rejas al arado
que la tierra ha de surcar,
donde nazca la simiente
que ha de producir el pan.

No te falte la esperanza;
bate, bate ese metal;
forje tu brazo nervudo
los instrumentos de paz,
que tu misma subsistencia
en el trabajo has de hallar.

*Pim, pam,
pim, pam,
con el sudor de tu frente
debes de amasar tu pan.*



No maldigas el trabajo;
que si exíguo es tu jornal,
más preciosa que un tesoro
te da la tranquilidad;
que en el yunque y en la fragua,
reblandeciendo el metal,
hallas pan para tus hijos
y calor para tu hogar,
y del pesado martillo,
de los golpes á compás,
brota la dulce alegría
y la doméstica paz.

*Pim, pam,
pim, pam,
con el sudor de tu frente
tu pan debes de amasar.*



Con tus músculos de acero,
que formas al hierro dan,
forjas la ruda piqueta
que el suelo ha de taladrar,
y cuyos golpes certeros
ricas minas abrirán.

Forja la via, por donde
la locomotora audaz
pasa hermanando naciones
y uniendo la humanidad.

*Pim, pam,
pim, pam,*

*con el sudor de tu frente
debes de amasar tu pan.*



Mas, obrero, si algun dia
la patria en peligro está;
si tu honor ves ultrajado,
perdida su libertad,
no te detengas, obrero,
suelta, suelta ese metal;
vé á defender de la patria
la sagrada integridad;
no consientas que su suelo
huelle el extranjero audaz,
sin que torrentes de sangre
antes haya de saltar.

1884.

V

Te amé y tú me amaste y un día quisiste
borrar de tu pecho tu amor y mi imagen;
la adversa fortuna lo quiso, alma mía;
mas ¡ay! era tarde.



Amor como el nuestro, que nace llorando,
no puede borrarse.
¡La paz de la tumba, que es fuente de olvido,
ni aún puede apagarle!



Distinto camino los dos seguiremos;
nuestros corazones podrán encontrarse;
mas ¡ay! cuando quieran unirse por siempre
tal vez será tarde.

1883.

VI

¡SI FUERA CONFESOR!

Querría ser confesor
de los pecados de amor
de una gran feligresía.
Yo prometo que sería
un cura de lo mejor.

I

Una mujer.—De un exceso
de loco amor, me confieso.
¡Ay, Padre!—Diga, por Dios.
—Ayer dí á mi novio un beso.
—¿Y él entonces...?—Me dió dos.
—¿No pasó de aquí el asunto?
—Llena de miedo cerval,
yo comprendí que hice mal,
huí de mi Pablo al punto.
—¡Ah!... pues, pecado venial
Mas no menudee Pablo
tales caricias y excesos,
porque hay dos clases de besos:

besos de Dios, y del diablo.
Y si unos dejan ilesos
el honor y la virtud,
otros causan tal perjuicio,
que llevan en pos el vicio.
Y como la juventud
es tan falta de juicio,
y como el vicio es el polvo
que envenena la conciencia...
Nada; portarse con ciencia.
—Me arrepiento.—*Ego te absolvo.*
No hay lugar á penitencia.

II

Otra mujer.—Padre cura,
me acuso de una locura
que cometí.—Di, hija mía.
—Pues, señor, el otro día
yo dí pié á una desventura.
Mi novio, que es muy celoso,
se puño como un furioso
porque en el balcón hablé
con uno que me hace el oso.
Tanto su despecho fué,
que riñó con su rival,
y hoy está en el hospital
y el otro está prisionero.
—Crimen horrendo y fatal
cometiste. ¿Es el primero?

—No, Padre. Yo le diré:
como de los hombres sé
que son tan falsos, creí
que no es bién amar con fé
á quien no la tiene en sí...

—Tú no tienes corazón.

—¡Ay! yo pequé de indiscreta;
no tuve mala intención.

—¡Oh! para tí no hay perdón;
no te absuelvo. Eres coqueta.

III

Otra mujer.—Padre mío,
á mí me lleva el amor
á tal punto, que en rigor
y no amo, yo desvarío.
Y me dijo el confesor
de antes de usted, que es pecado
amar, y amar demasiado.
—Si el amado lo merece...
—¡Ay! también por mí enloquece.
—No habreis al cielo agraviado
con tal cual desenvoltura?
—No, Padre; pasión más pura
que la que existe en los dos...
Pero mi amor es locura:
¡le amo tanto como á Dios!
De esto sólo me confieso;
nuestro amor es un esceso,

lo veo, aunque mal me cuadre.
Déme un buen consejo, Padre
—Pues si no dices más que eso
no veo el pecado aquí,
y te aconsejo, de veras,
que siempre, siempre le quieras
mientras él te quiera á ti.

—¡Oh! sí, Padre, será así.

—¿No te dice la conciencia
que Dios mi conducta abona?

—¿Me perdona?—¡Qué, perdona!
A ti en vez de penitencia
te pondría una corona.

Y así, por este tenor,
los pecadillos de amor
con arte, despacharía.
¡No digo yo, si sería
celebrado confesor!

VII

LA DAMA DE NOCHE

Florequilla, florecilla
que tan grato aroma esparces,
que, al brotar de tu corola,
al cielo se lleva el aire;
Si de tan suave perfume,
si de belleza tan grande,
al sacarte de la tierra,
quiso Natura adornarte,
¿por qué cual las otras flores
que con el alba se entreabren
no nos muestras tu hermosura
á la luz del sol radiante?
¿por qué empiezas á entreabrirte
cuando va á espirar la tarde,
y por la noche, al morir
las otras flores, tú naces?

—Es que yo guardo su sueño
porque tranquilas descansen,
y por esto, á la mañana
yo me oculto y ellas salen.

—Bendita tú, flor preciosa,
modesta, bella y amante,
que por la noche escondida
no demuestras el bien que haces.

Es la caridad modesta
la virtud más noble y grande.
¡Benditos los bondadosos
que no cuentan sus bondades!

1883.

VIII

Yo te adoré, cuando niño,
como al santo de mi nombre;
hoy que soy hombre, como hombre
te profeso mi cariño.

Cambió mi amor con la edad:
fué ayer loco, hoy casi es cuerdo;
lo malo es que nada pierdo
en fé ni en intensidad.

Porque si hoy, algo más ducho
no paso muertas las horas
pidiéndote si me adoras,
con iguales ansias lucho.

Igual es, igual, mujer;
la fuerza de mi pasión
se diferencia en que ayer,
sin átomo de razón,

te decía á todas horas,
de tus desdenes vasallo:
«me muero si no me adoras...»
y hoy lo siento y me lo callo.

Y como en autores buenos
hallé, y no olvido jamás,
que á aquellos que quieren menos
siempre se les quiere más;

hé aquí la diferencia
en mi modo de querer:
no quiero menos que ayer;
pero quiero con más ciencia.

Aunque en amor no soy ducho,
creo que te amo de veras:
quíereme tú como quieras
mientras que me quieras mucho.

Que aunque no digo jamás
que «por ti me vuelvo loco»,
¡ay! si tú me amaras poco
no sé si te amara más.

Y aunque pasando la edad
mi amor adquiere cordura,
si da en crecer tu hermosura
y mi fe en intensidad,

y Dios no pone algún medio
á fin de arreglarlo un poco,
sí, señor; me vuelvo loco
ó me muero sin remedio.

1885.

4

CARTA Á UN AMIGO

Me dices que haces versos, Pedro amigo, y me envías algunos como prueba, pidiéndome, de paso, que te diga qué juicio los tales me merecen.

Y yo, que soy la misma complacencia, y en esto de hilvanar cuatro palabras que formen oración y digan algo, aunque sea muy mal, me pinto solo, á complacerte voy.—Leí tus versos y no podrás pensar, aunque lo intentes, lo mucho que reí con los más tristes; la pena que me dieron los jococos, y lo malos que son, á mi juicio, todos los que me envías. ¡Ah! perdona esta dureza atroz de mi lenguaje; mas ¿no me dices tú que manifieste lo que me han parecido tus poesías? ¿No me dices también: «Si no son buenas desengáñame, Ruiz»?—¿A qué ocultarlo? Me han parecido malas y muy malas, y te aconsejo, Pedro, que no sigas

por el camino que tus *piés* emprenden,
y que dejes en paz al pobre Apolo
y á las nueve señoras del Parnaso.

¿Tú quieres ser poeta, mi buen Pedro?
¿Qué mosca te picó? Nunca creyera
que hubiese ningún hijo de vecino
que, teniendo un adarme de caletre
á tanto se atreviese, te lo juro.

Y además ¿quién te mete en estas cosas?
¿Cómo te atreves á pensar siquiera
que poeta has de ser? ¿Dónde aprendiste
tú las reglas del arte? ¿Cuántos días
te pasaste leyendo ó estudiando?

¿O piensas tú también que ya es poeta
el hombre que sin arte y sin estudios
se pone á escribir líneas desiguales,
que busca consonantes armoniosos,
y aunque no tengan pizca de sentido,
al cabo de las líneas los encaja,
y cuenta con los dedos de la mano,
y si acaso resulta el verso, cojo,
con un par de adjetivos llena el hueco?

¿Crees tú que el querer todo lo puede,
que para el genio los estudios sobran
y que el poeta nace ya poeta?

Pues te engañas, amigo; sí, te engañas.

¿Sabes lo que es el genio sin el arte,
aunque tenga un talento prodigioso?

Un tremendo alcornoque, amigo Pedro.

Si quieres ser poeta, lee mucho; estudia tanto más cuanto más sepas; y cuando sepas algo, ve si tienes eso que toma el nombre de talento, y un poquillo de gusto y otro poco de artístico sentido, y luego escribe: entonces serás hijo de las Musas.

Me dices tú también que has de mandarme todos los versos que hagas... Me apresuro á evitarte ¡oh amigo! esa molestia. La sincera amistad que me has tenido, y que no creo que por esto rompas, de todas veras con el alma invoco. No me los mandes, no, te lo suplico; no quieras que yo tome ese brevaje; aparta de mi frente la amenaza y te juro rogar por tí á los cielos y dos misas oír en tu sufragio el día... del juicio. ¡No más penas!

—«¿Y tú por qué no cantas?» me preguntas. «A la prosa tan sólo te dedicas: ¿has roto ya tu lira?»—No la he roto: la tengo en un rincón, de orín tomada, desde que veo que de todo el mundo los versos pastó son; desde que he visto que la raza infinita de copleros engrosa más sus apretadas filas y amenaza inundar de atroces ripios esta española, desgraciada tierra.

—¡Si pudiera borrar de la memoria de algunos pocos; mas al fin algunos, que han leído y se acuerdan de mis versos, ó si no de ellos, de que los he escrito, lo haría lleno de alegría y gozo! Mas ¡ay! no puede ser; también el crimen literario, en mí tuvo su instrumento, y no podré borrar yo de mi historia las páginas que cuentan mis maldades...

Puse el pié en la pendiente, y voy rodando; quiero volver atrás, y no es posible; ¡hasta la muerte escribiré yo versos! ¡Si tú vieras reirme de mí mismo cuando paso la vista por las líneas que algún día escribí, en mi edad más tierna, dedicadas á «ELLA,» «Á TI», «Á LA LUNA» y á otras cosas mil, en que pintaba atroces sinsabores, penas hondas y muchas tonterías de la clase que algunos califican de poética...!

¡Si supieras qué ganas me van dando (cada vez que en periódicos y aun libros leo barbaridades en poesía) de dar al criminal alguna tunda de esas que llaman sátiras! Al punto arrojaras la lira ó la rompieras.

Y tú eres de la clase; aparta, aparta tus pasos de la senda que has tomado: no has nacido poeta, amigo mío;

mas hablo en vano, pues dirás ahora
que la envidia me roe y que yo quiero
cortar el vuelo de tu ardiente numen.

Anda con Dios y con su Santa Madre
que buena gente son: vuela, sí, vuela
hasta que que topes con algún honrado
amante del decoro de las Musas,
que te corte las alas y te arroje
desde el Parnaso, que escalar pretendes,
á la terrible sima del didículo.

Y no te digo más. En verso libre
que por primera vez escribo ahora,
contesto al pobre verso, aprisionado
por la música y dulce consonancia,
fabricadora de sonoros ripios,
que me enviaste tú, para que veas
que para juzgar versos yo no tengo
ni trabas amistosas ni tapujos;
y como la verdad ha de ser libre,
libres mis juicios son hasta en los versos.

X

¡CUIDADO...!

La llevo del brazo, es mía;
mías son su vida y alma;
mío su fiel corazón,
y hasta mías son sus lágrimas;
que nadie, nadie en el mundo
más que yo, puede enjugarlas.

¡Cuidado...! Que no la rocen
ni el céfiro con sus alas,
ni el sol con su luz ardiente,
ni el arbusto con sus ramas.

Que la tierra donde pisa
no tenga espinas ni zarzas.
Que nadie, nadie la mire...
¡sólo yo puedo mirarla!

¡Cuidado! Dije que es mía;
que para mí solo guarda
de su belleza el tesoro,
de su amor todas las ansias,

las palabras de sus labios,
de sus ojos las miradas
y en el fondo de su sér
toda su alma, toda su alma!

Flores, alfombrad la tierra...
¡Cuidado...! que mi amor pásala.

1884.

XI

LAS QUINTAS

Cada año pasan los quintos,
los quintos de mi lugar,
calle arriba, por mi casa,
coplas vienen, coplas van,
al són de la pandereta,
de la guitarra al compás.

Y así la aldea recorren
ocultando su pesar,
con el dolor en el alma
y la alegría en la faz.

*¡Qué alegres se van los quintos,
qué alegres se van!*



A las puertas y ventanas
salen, al verlos pasar,
las bellas mozas del pueblo
todas con risueña faz...

No todas, porque hay alguna
que con angustia mortal,

sabe sonreír cuando pasan,
cuando han pasado, llorar.

¡Cuántas dulces esperanzas
con ellos también se van...!

*¡Qué triste queda la gente,
qué triste el lugar!*



Ellos se marchan cantando
coplas vienen, coplas van...
Las madres, las pobres madres
quedan en el triste hogar,
maldiciendo á quien les roba
lo que ellas estiman más;
los pedazos de sus almas
que les han ido á arrancar...

*¡Pobres madres de los quintos,
sin tregua llorad!*



Van á embarcarse los quintos;
sobre el peligroso mar
el vapor que los alberga
volando les llevará
á otras tierras, á otras playas
lejos del país natal.

Una por una, las horas,
hasta volver, contarán
las madres, que les despiden
con tanto duelo y pesar.

*Tal vez los hijos que salen
no vuelvan jamás*



¡Adiós! el buque los lleva
sobre las olas del mar.
¡Dios haga que vuelvan todos!
¡Quién sabe si volverán!

¡Qué triste se queda el pueblo!
en él no se escucha ya
sino el llanto del que queda
y el «¡adiós!» de los que van...

.....

Desde muy niño, mi madre
al ver los quintos pasar,
llora en silencio, y un beso
sobre la frente me da.

Hasta ahora no he comprendido
todo su amor maternal,
ni comprendía sus besos
ni entendía su llorar.

La última vez, preguntéla
—aunque lo sabía ya—
«¿Por qué lloras?» — Y la triste
me dijo, llorando más:

—«Porque á tí el año que viene
á mi amor te arrancarán;

porque, hijo mío, eres quinto
del sortéo que vendrá».

¡Qué odiosa ley es la quinta
para el amor maternal!

1884.

XII

CANTAR

Yo le he ocultado á mi madre
la causa de mi quebranto;
ni sabe nuestros amores
ni mis penas le he contado.

Dice que ya no sonrío,
que de ella siempre me aparto,
que mi rostro es de un difunto
por lo triste y por lo pálido,
que siempre canto pesares
y dudas y desengaños,
que he perdido mis amigos,
que nada es para mí grato...

Yo me escuso y no le digo
la causa de mi quebranto.

(a.) «Que si supiera mi madre
» las penitas que yo paso,
» con lágrimas de sus ojos
» las calles fuera regando».

1881.

(a.) Cantar del pueblo.

XIII

EL PESCADOR

La brisa empuja la vela
y riza apenas el mar;
arremolinando el agua
el remo cae á compás,
y la barquilla volando
sobre las olitas va.

Limpio está el cielo de nubes,
quieto y apacible el mar,
el alba asoma, se oculta
el lucero matinal,
y la luz del día nace
envuelta en la oscuridad.

—Pescador de esa barquilla,
¿dónde vas?

—¿Yo? Dejé del sueño en brazos
hijos y esposa en mi hogar,
que no tienen más sustento
que el que mi trabajo da.
Cuando despiertan, mis hijos
tienen hambre y piden pan

y el pan y luz de mi casa
están debajo del mar.

Yo voy á buscarlo ahora,
más allá.

¡Cómo vuela esa barquilla
mar adentro, sin parar!
El viento sopla, el mar ruje,
amenazan tempestad
las negras nubes que se alzan
con imponente ademán.

—Pescador de esa barquilla,
vuelve atrás.

—¿Atrás? Ya observo que brama
y se acerca el vendabal;
pero mis pobres hijitos
tienen hambre y piden pan,
y en tierra no gano nada,
y no hay un cuarto en mi hogar;
el sustento de mis hijos
entre las olas está;
si yo no voy á sacarlo
¡ay! ¿quién nos lo vendrá á dar?
Dios que ve mis desventuras
calmará la tempestad.
Corre, corre, mi barquilla
corre más.

¡Ay! ¡Pobre del marinero!
Si avanza la tempestad

Dios le ayude, Dios le ayude!
tal vez ese amado hogar,
del que es sustento y es vida,
su pié no ha de hollar jamás.
Y sin padre ni alimento
sus hijitos quedarán;
¿Habrá algún corazón noble
que los vaya á consolar?
¡Quién sabe! Es la compañera
del llanto, la Caridad.

1884.

GENIALIDADES DEL TIEMPO

Entonces mi alma lloraba.
Entonces yo me encontraba
lejos, muy lejos de tí,
y entonces por tí penaba
y tú penabas por mí.

En continuado desvelo
nos amábamos los dos;
y buscábamos consuelo
tú, pidiéndoselo al cielo;
yo, esperándolo de Dios.

El consuelo no venía;
y esperando siempre el día
en que Dios fuese loado
de darnos lo deseado,
tardo el tiempo transcurría.

Sí, reina mía, y señora
de este pecho que te adora;
entonces, para mi daño,
me parecía cada hora

no una hora, sino un año.

Que el tiempo entonces, al ver
á mi corazón penar,
tenía en ello placer,
y no queriendo correr
tomaba gusto en andar.

¡Corre, corre!—le gritaba,
viendo que nunca pasaba,
harto ya de sufrir tanto—
y él, gozándose en mi llanto,
aun más el paso acortaba.



Al fin, tras tanto desvelo,
llegó el ansiado consuelo
que pedíamos los dos;
tú, diste gracias al cielo;
yo, lo mismo hice con Dios.

En nuestra vida ignorada
somos felices, mi amada;
nos amamos de tal modo,
que tú y yo lo somos todo;
lo demás del mundo, nada.

Mas en la luz esplendente
que nos envuelve, alma mia,
he observado últimamente

algo que nubla tu frente
y oscurece mi alegría.

Y es que nuestra dicha al ver,
el tiempo nos da el pesar
de no querer ahora andar:
¡no bastándole correr
le va dando por volar!

Ahora, pues, reina y señora
de este pecho que te adora,
ya voy contando anhelante
por una hora... nó una hora,
por cada día, un instante.

Mas dejémosle volar;
que ya vuele, corra ó ande,
nunca ha de poder borrar
nuestro amor eterno y grande.
¡Siempre nos hemos de amar!

1885.

XVI

LA FRANQUEZA

à mi buen amigo D. Bartolomé Allés y Pons

Buen amigo: tú á veces engalanas
mi nombre, con el título «poeta»,
y no podrás pensar, en mis oídos
lo grato y bién que esa palabra suena.
Pues como son tus labios modelados
para la ruda y natural franqueza,
y sabes pensar bién y sentir hondo,
y tienes poderosa inteligencia,
y para ti mentir es falta grave
y el piropo forzado cosa fea,
te creo cuando alabas mis poesías
y más cuando ese título me cuelgas.

Y ya que mi carácter ó el destino
á versear sin ton ni són, me llevan,
y he vaciado en mil versos, de mi historia
las páginas más que íntimas, secretas,
quiero decirte, en mal cortados versos,
cosas que pugna por soltar mi lengua,

frases que esperan verse convertidas
en indelebles, inmortales letras,
pues para eternizar al necio osado
como al ingenio, se inventó la imprenta.

Quiero darte un eterno testimonio
de esa amistad tan pura y verdadera
que profeso yo, y que creo inútil
afirmar esta vez que nunca es vieja,
pues no envejece nunca el sentimiento
en donde el interés no halla la puerta.

—Sin embargo, no sé quien nos ha unido:
contrarios polos son nuestras creencias;
por distintos caminos recorreremos
de la vida la efímera carrera;
yo creo muy vulgar lo que tú admiras;
creo sainetes lo que tú tragedias;
lo que es para mí grande, bueno, hermoso,
tú, por vil y ridículo, desprecias,
y esta misma poesía, mal forjada,
alzará entre los dos gran polvareda.
Mas por no sé que oculto sortilegio
siempre acaban en paz nuestras contiendas,
y nos damos razón el uno al otro
sin arriar ni uno ni otro su bandera,
y siempre terminamos convencidos
de que tu alma y la mía son gemelas.

¿De qué provienen pues nuestros combates?
¿En qué consisten nuestras divergencias?

En que bebimos en contrarias fuentes;
en que crecimos en distinta esfera;
en que tú respiraste el aire tibio
de las que juzgo yo, caducas creencias,
y yo el ambiente embalsamado y fresco
de los ideales de la edad moderna;
en que tú eres de siglos que pasaron
y yo soy de los siglos que despiertan.

Y no obstante, en el fondo, nos separa
tan sólo fragilísima barrera,
porque tú y yo sentimos igualmente,
guía la rectitud nuestra conciencia,
y nuestros caracteres y ambiciones
son de igual temple y de una misma fuerza;
sólo que tú me llevas de ventaja
los años, el saber y la experiencia,
y eres más testarudo y más... Silencio,
que si no empezará la pelotera.

—Una cosa nos une, más que todo;
y es esa ruda, esa leal franqueza,
cualidad propia del carácter libre,
que está en la masa de la sangre nuestra;
es esa cualidad, rara en el día,
de la amistad hermana y compañera;
es eso que el hipócrita combate
queriendo hacer creer que es inmodestia;
es eso que en los tiempos que alcanzamos
parece anacronismo é impertinencia,

y hay quien la llama rudo salvajismo,
jactancia y hasta, á veces, desvergüenza.

Y es que está en nuestra sociedad metida,
más que metida, inoculada en ella,
la falsedad, bajo las pulcras formas
«disimulo», «*respeto*», y transigencia.

Esa osadía generosa y noble
de tener siempre «la Verdad», por lema;
de decirle al canalla que es canalla,
y á la traición, traición, no inconsecuencia,
y al que roba, ladrón, y al que es hipócrita
decírselo muy claro y con voz recia,
para evitar que engañen á las gentes
ciertos hombres de mundo, que en la lengua
tienen el bién, y el mal en las acciones,
y apagada la voz de su conciencia,
que escarnecen á Dios cuando le alaban,
manchándose á sí mismos si blasfeman;
que acaparan, jugando á «patriotismo»,
la plata de los pobres que amonestan,
diciéndonos que «aquel que no trabaja
es de la sociedad una escresencia,
un parásito vil, digno de oprobio»
mientras ellos se afanan y estropean
haciendo trabajar en el paseo
de sus caballos las robustas piernas...,
pobrá ser salvajismo é impolítica,
podrá ser, si se quiere, «inconveniencia»;

pero es conducta noble y que carácter honrado, fuerte y varonil demuestra.

.

—Rindes culto á esa diosa destronada, como yo, rindes culto á la franqueza; y por esto tú y yo nos comprendemos; por esto nuestras almas son gemelas; por esto es que por más que opuestos polos sean nuestros ideales y creencias, nuestras almas se entienden y se estiman y de amistad los vínculos estrechan.

Y ya que á emborronar papel en blanco me empujas, caro amigo, y de poeta el codiciado título me endosas, allá va esta poesía como prueba de la firme amistad que te profeso.

Y pues quise ensalzar á la franqueza ¿qué mejor poesía dedicarte que una, elogiando á esa virtud austera, siendo, como eres, mi estimado amigo, la encarnación en este mundo de ella?

1886.

XVII

MI PUEBLO NATAL

El mar azulado
se mece á sus plantas,
su cielo es muy puro,
sus brisas muy gratas.

Su campiña es bella
feraz y lozana:
hay en sus hogares
chimeneas altas,
tejados rojizos,
paredes muy blancas;
sus calles son rectas
y... desempedradas;
en el centro tiene
una hermosa plaza;
luego una parroquia
modesta y muy vasta,
con un campanario
de severa facha
(donde se guarecen
un par de campanas)

y luego una ermita
un si no es escasa.

Tiene el Municipio
la espaciosa estancia,
en donde se eleva
la torre, que entraña
un reloj antiguo
de dudosa marcha,
pues nos da las horas
que le da la gana;
sin contar un gallo
que allá arriba se alza,
que aunque bien madruga
dicen que no canta:
(¡misterios del bronce
de aquella alimaña!)



Pero... (aquí está el *pero*
que tanto tardaba)
este pueblecito
do pasé mi infancia
y en donde he nacido,
y que para mi alma
recuerdos tan puros
y risueños guarda
en sus anchas calles
y en sus bellas playas,
en sus verdes campos
y tranquilas aguas;

que cuando yo niño
vió nacer en mi alma
sueños de ventura;
que ha visto mis ansias
primeras de amores,
mis primeras lágrimas,
mis primeras risas;
que oyó la palabra
primera, que dije
cuando aun á gatas,
sin poder tenerme
en pié, me arrastraba
por el santo suelo,
ó es sueño, ó ignorancia,
ó pasión ficticia,
ó yo no sé nada,
ó guarda este pueblo
cosas muy sagradas.

Lo cierto es—lo juro—
que tengo en el alma
un cariño inmenso
á esta villa amada;
y que me parece
que si he de dejarla,
me muero de pena
la primer semana
que me pase lejos
de mi pobre casa.

XVIII

CONTRA LOS CELOS

Tú no sabes con qué afán
corro á verte cada día,
y cómo en ti, vida mia,
mis esperanzas están.

Tú no sabes el placer
que siento, cuando te miro,
y con qué pena suspiro
cuando no te puedo ver.

Tú no sabes con qué amor
y con qué suaves delicias
recibo yo tus caricias;
ni comprendes el dolor

que al verte triste me das;
ni comprendes los desvelos
que me causan esos celos
que no son justos jamás.

Me quieres tú, y tu querer
es inmenso, ardiente, puro;

yo todo lo veo oscuro...
¡y siempre me engaña el ver!

Y aunque injustos mis recelos,
siempre de tu amor avaro,
cuando de ti me separo
vuelven otra vez los celos.

¿Qué hará? pienso al verme así.
¿Es su pasión grande, intensa
ó mezquina? Ahora en qué piensa?
¡Ay, si no pensara en mí.

.....

Yo busqué á este mal remedio
y hace tiempo que lo he hallado:
contra eso, el único medio
es estar siempre á tu lado.

1885.

XIX

YO SOY POETA

EPÍSTOLA

á mi buen amigo D. Bartolomé Escudero y Manent

No sé si es circunstancia ó si es capricho;
pero cuando me pongo á escribir cartas,
el verso á mis antojos se doblega,
mis ideas en él tan bien se engarzan,
que parecen mis versos, más que versos,
si esceptuamos el ritmo, prosa llana.

Y por esto, por fácil y sencillo,
el estilo de epístola me agrada;
y por esto, al pagar alguna deuda,
que la amistad satisfacer me manda,
tomo una pluma y un papel en blanco,
toco un resorte oculto de mi alma,
empiezo á soltar versos, forjo estrofas,
y casi sin sentirlo, hago una carta.



Soy poeta ¿y por qué? Nadie lo sabe
y nadie lo pregunta, ni se estraña
de que se meta en coto tan vedado
como es la poesía, un papanatas
que, sin saber por qué, compone versos,
sin pizca de saber, desde su infancia.

Soy poeta ¿y por qué? Voy á decirlo;
creed, amigo mío, en mis palabras,
que el verso nunca viste la mentira;
porque es el verso de tan noble raza,
que no fué nunca cómplice del falso
ni encubridor jamás de acción villana.

Habrá quien no me crea, quien sospeche
que me entretengo yo en contar patrañas
para *soplar* los cuartos á los tontos
y llenar el vacío de mis arcas.

¡Ay! «poeta» es sinónimo de «pobre»;
la poesía trabajo de las almas,
y como aquel que al alma sólo atiende,
se alimenta de ensueños y esperanzas,
no hay interés donde las Musas viven
si no es el interés de adquirir fama.



Yo soy poeta, como siempre he sido,
como fuí ayer, como seré mañana;
poeta de mí mismo, á quien le han hecho,
tal vez más que su Dios, las circunstancias.

Yo fui niño y lloré cuando otros ríen,
mis juguetes de entonces fueron lágrimas;
amargó mis placeres el destino
poniendo en mi camino la desgracia:
sólo hallé amor; mas si el amor no pudo
cubrir de flores mi espinosa marcha,
llenó todo mi sér con su perfume
y dióme el sentimiento, tan sin tasa,
que como yo sé amar, nadie en el mundo
con tal fuego, tal fé y tal pasión ama.



Para hallar á mis penas lenitivo
abrí los libros de la ciencia humana,
ese abismo sin fin, que no termina,
que al ánimo más firme aturde, espanta,
y también, por no ser yo de ella digno
ó porque así el destino lo marcaba,
vino la suerte en forma de pobreza
y ceñuda, me dijo: «¡aparta, aparta!»

Entonces fué cuando tendí la vista
hácia el fondo oscurísimo de mi alma,
y ví que entre sus penas incontables
en un rincón había una esperanza,
como perla perdida en el abismo
de ese mar infinito de mis ansias.

La saqué, la guardé como un tesoro
y aquí, en mi corazón, logré engarzarla.

Ella me dió la fuerza creadora,
ella me dijo entonces: «toma y anda»
y puso entre mis manos una lira,
de creencias y fé llenó mi alma,
y alta la frente, me arrojé á la lucha
que el destino y la suerte provocaban.

Si no vencí, tampoco fuí vencido;
continúo empeñado en la batalla,
y si no caigo en ella es porque siento
que me presta su ayuda la esperanza.

¡Paz, paz, Dios mio! Que mi pecho tenga
un minuto de tregua en la batalla;
que no dé yo á la muerte mi tributo
sin descansar un poco en la jornada;
¡que alumbre el sol de paz, de mi existencia
la sima horrible que el dolor formara!



Yo soy poeta, como siempre he sido,
como fuí ayer, como seré mañana;
yo soy poeta porque siento y amo;
yo soy poeta porque tengo en mi alma
el sentimtimiento y la ambición más noble,
porque guardo en mi pecho la esperanza
y porque así me han hecho, amigo mio,
tal vez más que mi Dios, las circunstancias.

1885.

CARNAYAL

¡Carnaval qué alegre vienes!
¡Qué alegre estás, Carnavall!
Con cantares te reciben,
con ellos te enterrarán.

Corto y bello es tu reinado,
breve tu vida será,
que el placer dura muy poco
y es su destello fugaz.

Apenas en regio solio
risueño te posarás,
ya las turbas tu sepulcro
á tu mismo pié abrirán.

*Será tu mortaja
tu manto real.*



Del período bullicioso
que trae tu potestad,
de tus bailes, tus orgías,
de ese continuo gozar,

de esas risas y algazara,
del estruendo universal
con que el mundo solemniza
tu venida, ¿quedarán,

cual de todos los placeres
exentos de bien y paz,
tristes recuerdos que turben
la dulce tranquilidad?

*Tal vez tu venida
maldita será.*



Sea tu recuerdo breve
cual es tu vida fugaz,
tus risas no broten lágrimas
ni tu alegría maldad.

Que después, al otro día,
el sol no venga á alumbrar
ni torpes huellas del vicio
ni la amargura fatal.

No sea el remordimiento
la herencia que dejarás
al miércoles de Ceniza
que tu imperio usurpará.

*Sean tus placeres
humo y no más.*

XXI

CANTARES

Los latidos de mi pecho
son de mis cantos compás;
mientras mi corazón viva
mis cantos no cesarán.

Cuando dé el postrer suspiro,
cuando mi voz se ahogará,
entonces y sólo entonces
mis cantares morirán.

—

Las penitas de mi alma
se parecen á las olas;
para atormentarme siempre,
si unas mueren, nacen otras.

—

Huyamos del hombre necio
como de bestia feroz;
más vale hacer un desprecio
que recibir una coz.

—

Tanto como te quería
he logrado aborrecerte;
fué mi amor, mujer ingrata,
humo que se va y no vuelve.

—

Tienes negros los ojos,
negro el cabello...
¡si también será tu alma
negra como ellos!

—

Ayer andabas en coche,
hoy á pié y casi descalza;
hay quien compra el lujo de hoy
con el hambre de mañana.

—

¡Qué labios! pero ¡qué labios!
¡qué cuerpo, Señor, qué cuerpo!
¡qué hermosura en tus miradas
y qué corazón tan feo!

—

Golondrina pasajera,
vé y busca mis esperanzas
que se han ido, y nunca vuelven
á hacer su nido en mi alma.

—

El hombre sólo es feliz
cuando tiene poca edad,

que mientras vienen los años
las ilusiones se van.

—

El amor que te profeso
es como la gaviota
á quien no espantan borrascas
ni atemorizan las olas.

—

«Tus ojos me han de llevar
camino del cementerio»,
los que un día me enseñaron
el camino de los cielos.

—

El libro de mi vida
tiene dos páginas:
en una escribo goces,
en la otra, lágrimas.
Esta he llenado;
pero aquella, la alegre,
aun está en blanco.

—

Tengo toda mi fortuna,
mi placer y mi tesoro,
en el amor de mi madre
y en las niñas de tus ojos.

—

Piense el hombre sin conciencia
al deshonorar á una niña,

que más tarde ó más temprano
puede el cielo darle una hija.

—

Don Simon es viejo y feo,
su mujer jóven y linda:
señores, sin comentarios...
alargadme una *divisa*.

—

Dicen las gentes: «es sabio;
pero tiene un solo vicio»...
no es sabio aquel que no sabe
batallar contra sí mismo.

—

En el rio de las penas
me arrojé llorando un dia;
te ví... y me agarré por verte
á la roca de la dicha.

—

Yo no sé porqué tienes
tan fea el alma
cuando Dios todo un cielo
puso en tu cara.

XXII

Cuando de amor herida
padece y llora mi alma,
y busca á sus pesares
consuelo en tus miradas;
¡oh! mírenme tus ojos
con esa luz diáfana
que velan tus hermosas
negrísimas pestañas;
ojos, que, siempre dulces,
llorasteis por mi causa,
vertiendo, como perlas,
vuestras ardientes lágrimas;
ojos, en donde un cielo
yo leo de esperanzas,
con dichas por celajes,
y amor por alboradas;
ojos, fin de mis penas
y objeto de mis ansias,
no me ocultéis los rayos
que el corazón abrasan;
miradme, así, con fuego,
con esa luz tan grata...
quiero, en vuestras pupilas,
ver asomarse una alma.

XXIII

Al ingenioso hidalgo

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

SONETO

Eres hombre inmortal y no has vivido
Más que en aquella mente prodigiosa
Que tu historia creó, la más famosa
Que el humano saber ha producido.

Por tu amor al derecho, escarnecido
Fuiste en la empresa grande y generosa
Que emprendiste con alma valerosa,
con la fé que muy pocos han tenido.

Sin comprender en su ignorancia el hombre
Tus pensamientos nobles, levantados,
Tuviéronte por loco sin segundo...

Injusticia tamaña á nadie asombre,
Porque siempre de espinas coronados
Acaban los Quijotes de este mundo.

1886

XXIV

EL CIEGO DE LA GUITARRA

ROMANCE

Harapiento y demacrado,
con un tubo de hojalata
atado á un cordón mugriento,
en donde lleva enrollada
la fé de haber sido un hijo
digno de su noble patria,
las calles paséa el ciego
abrazado á su guitarra.

Va acompañándole un niño
de granujeril estampa,
que así recoge dinero
como peteneras canta,
como una pedrada atiza
al primer perro que pasa:
sus ojuelos son los ojos
del ciego de la guitarra.



No se sabe cómo viven
ni en donde está su morada;
hoy pasean la ciudad,
á una aldea irán mañana
y atravesarán los mares
si el mar se cruza en su marcha;
que está su país natal
en donde caridad hallan;
que son como golondrinas
que van á buscar su patria
en el país que las quiere
y huyen del que las rechaza.

Son como los ruiñeños
que, cantando sus desgracias,
los corazones alegran
y los oídos regalan,
con los sencillos cantares
amasados con sus lágrimas.

Son imagen de las víctimas
que las desventuras causan;
son hijos del infortunio
y de la suerte los parias;
son Ashaverus mortales
que siempre andan, que siempre andan.



Oid la historia del ciego.
Yo quiero ahora contarla;

quiero deciros ahora
por qué por las calles pasa,
cantando sus desventuras,
abrazado á su guitarra.

Cuando joven, en su tierra
el duro suelo labraba;
era la flor del lugar,
la alegría de su casa,
la luz de su buena madre
y el amor de una zagala,
más hermosa que un lucero
y más que un clavel, lozana.

Todo el mundo le quería:
los hombres le respetaban
y á las mocitas del pueblo
los colores á la cara
se les subían gozosas,
si un piropo les echaba,
pues tenía hermosos ojos
y unos puños como mazas.



Cayó quinto y fué á servir:
mucho lloraron su marcha
sus amigos más queridos,
sus papres y su adorada.
Su corazón se rompía...
pero la ley ordenaba

que se marchase, y marchó.
¡Se lo pedía la patria!

Se portó como un valiente:
en los campos de batalla
defendió la libertad
dando y recibiendo balas;
¡cuántas veces con su sangre
el suelo regó de España!

Luego, un día, yo no sé
si por descuido ó ignorancia
ó porque así Dios lo quiso,
tuvo la inmensa desgracia
de que sus hermosos ojos
la pólvora chamuscara.

Desde aquel aciago instante
la luz de sus ojos falta;
desde aquel día, en tinieblas
tiene su vida encerrada,
y nunca más ha alumbrado
el sol de alegría su alma.



Entonces, por recompensa
de su sangre derramada,
de las luces de sus ojos,
de la alegría de su alma,
de sus esforzados hechos,
de sus fatigas y lágrimas;

un par de hojas de papel
y el canuto de hojalata
que siempre lleva consigo,
le dió su querida patria...!



Pobre y ciego, fué á su pueblo
á descansar en la casa
de sus padres adorados:
no halló padres ni morada,
porque destruyó la guerra
el hogar que tanto amaba,
y sus padres, en el mundo
ya no estaban, ya no estaban!

Buscó el amor de otros dias;
buscó á la niña agraciada
que era de su gloria, cielo,
y de su vida, esperanza,
y halló una madre y esposa
que ya... ¡ni de él se acordaba!

¡Ay! entonces se abrazó,
como el náufrago á una tabla,
á su eterna compañera
la dulcísima guitarra,
y paséa, desde entonces,
ciudades, pueblos, comarcas,
agarrado á un lazarillo,
que por todo le acompaña,

como un mortal Ashaverus
que siempre anda, que siempre anda!

Y va á implorar compasión
con los cantares que arranca
de tu fatigado pecho,
y que amasó con sus lágrimas.

Porque es como el ruiñeñor,
que, cantando sus desgracias,
los corazones alegra
y los oídos regala,
con sus sencillos cantares,
el ciego de la guitarra.

¡No le rehuseis la limosna,
que es un mártir de la patria!

1885.

¡LA POESÍA ES LIBRE!

No manchará la adulación mi labio,
ni hará vibrar las cuerdas de mi lira
la servil alabanza. Si del templo
de las Musas hollar logra mi planta
el pavimento de oro, sus umbrales
atravesado habré con paso firme.
No arrastraré mi lira, ni en el fango
de la vil conveniencia he de mancharte,
¡oh sacra poesía! Pues más libre
que el águila veloz, que al cielo sube
las poderosas alas agitando,
con los versos, que son las alas mías,
alcanzaré la cumbre levantada
del sacro monte donde el genio mora.
Y si acaso las fuerzas me faltaren,
no, no os mendigaré, sagradas Musas,
ni estro ni inspiración ni luz ni ciencia.
Me basto solo yo; del sentimiento
la inspiración no más he recibido;
y si esto no bastare ¿á qué ocultaros
que cortaré mis alas, que renuncio

al nombre de poeta? Si del arte,
si del rítmico són sólo la Fama
el eco lleva por el orbe inmenso
y á resonar en vuestro augusto oído
sólo puede llegar, con notas suaves,
la cadenciosa y dulce consonancia,
no espero que jamás mi sién corone
el lauro inmarcesible del poeta.

Mas si el cantar las glorias de mi patria,
de la virtud las obras inmortales,
del corazón la fe y el sentimiento
y del genio las altas concepciones
los lemas deben ser de la poesía;
y no siendo del todo imprescindible
en el molde vaciar del consonante
las palabras é ideas concebidas,
que el entusiasmo, en nuestras almas nutre,
yo tenderé mis alas, y el Parnaso
mis plantas sentirá sobre su altura.

Y esclamaré: «¡La poesía es libre!
No vengán á manchar su frente hermosa
la adulación servil ni el fingimiento;
no más liras doradas ni floridas;
liras del corazón, ecos del alma,
lenguaje puro, pensamientos nobles
y grandes, si los hay; y quien no pueda
llevar sobre sí carga tan penosa,
quien sólo pueda al aire lanzar voces

débiles, sin vigor, sin energía,
la frente incline, el lauro de poeta
no se tejió para él, ni del Parnaso
la cumbre escalará lleno de gloria. »

1886.

XXVI

A LA PATRIA

No son todos ¡oh Patria! los laureles
que coronan tu frente, siempre erguida,
á tu poder debidos. Si tu nombre
con letras de oro se escribió en la Historia,
mares de sangre te costó ese lauro;
por montes de cadáveres subieron
tus héroes hasta el templo de la Fama,
y con el filo de su espada fuerte
paso hubieron de abrir para escalarlo.

Parece que el destino se complace
uniendo á tu valor la desventura;
pues los anales que tus glorias cantan
con tristísimas orlas se circuyen,
y cada letra de tu grande historia
sobre un fondo de sangre veo escrita.

Mil ruinas cubriendo están tu suelo
que recuerdan tus hechos más gloriosos,
como diciendo al tiempo, cuando pasa:
«Puede España morir, nó ser vencida.»

Y nadie te venció; porque si un tiempo,
Patria infeliz, por la traición y el vicio
fuiste á manos infieles entregada,
tras ocho siglos de constante lucha
y de esfuerzos titánicos, tu enseña,
cobrando palmo á palmo lo perdido,
se enarboló, otra vez libre y gloriosa,
en las fuertes almenas de Granada.

«¡Por la Patria y la fé!» tus campeones,
el mandoble al alzar, iban gritando;
«¡Por la patria y la fé!» cuando caían
bajo el golpe mortal del enemigo;
y el último suspiro de su pecho
al lanzar, «¡Por la patria!» murmuraban.

Y entonces fué cuando el Señor al verte
constante siempre, y fuerte, y generosa,
en recompensa á tu virtud, un mundo
hizo surgir de entre los anchos mares
é iluminó á Colon. Sus carabelas
tu pabellon llevaron y tus armas
á esa tierra velada y escondida
hasta entonces al mundo; y en tu imperio
nunca se puso el sol, mientras el vicio,
la molicie y el lujo enervadores
no posaron en tí su inmunda planta.

¡Ay! pero luego decayó tu gloria
y entregada á las manos inexpertas

de reyes y ambiciosos favoritos,
la corrupcion extraña, tus costumbres
con su influjo minó, y fuiste cayendo
desde el zenit de gloria en que te alzabas
y abismada te viste en la impotencia.

Y juguete de reyes y tiranos,
envilecida ya, con menosprecio
entonces te miraron las naciones
que un dia ante tu enseña se humillaban.

Y ¡siempre la traición! De extraña estirpe
el vástago cobarde, que tu trono
con gran mengua ocupó; que bien mostraba
no tener de español, sangre en las venas,
al coloso de Francia quiso darte
para que fueses tú de sus victorias
sólo un troféo más, y dosel rico
que hollasen sus corceles de batalla.

Pero tus hijos, que en la paz olvidan
el amor que á su patria un hijo debe,
y cubren con la fría indiferencia
el fuego, siempre vivo, de su sangre,
al sentir que las tumbas veneradas
de los dueños del mundo, sus abuelos,
el invasor pisaba, exclaman «¡Guerra!»
y la España se alzó...

¡Dadme la lira
de las cuerdas de bronce, que cantaros
las glorias quiero de mi patria, dadme!
¡Que al fuerte són de sus vibrantes notas
renazca el patrio amor!

¡Oh, nobles hijos
de una tierra de mártires y de héroes!
si el entusiasmo, al són de mis cantares,
la sangre no hace hervir en vuestras venas;
si la altivez no eleva vuestras almas,
ni dignos sois de España, ni españoles!

Mas ¿qué podrán mis cantos de patriota
cuando soy el mas débil y pequeño
de los hijos de Apolo, que la enérgica,
la noble lira en tierra hispana pulsan?

Solo puedo añadir á la florida
guirnalda que á las glorias de mi patria
tantos genios tejeron, pobres flores
que brotaron en mi alma, ya inodoras,
que ni exhalan perfumes, ni belleza
en su pétalo tienen, que embriaguen
el corazon, el alma y los sentidos
y el entusiasmo enciendan.

Mas en tanto
dejadme que recuerde á los que creen
que el corazon de España no palpita,

que mientras haya un palmo de su tierra
en que un sér español la planta apoye,
jamás mi Patria puede ser uncida,
al carro de victoria de otro pueblo.

1886.

XXVII

LICURGO

SONETO

Fué el gran legislador de aquella tierra
que al poder resistió de los tiranos;
él dió á los invencibles espartanos
el cívico valor que al mundo aterra.

Por salvar á su patria, se destierra,
y sin codicia de oropeles vanos,
muere del hambre y la miseria á manos,
mártir del patrio amor que en él se encierra.

¡Dejadme que yo rinda mis loores
al hombre sin igual, ya que ninguno
digno es como él de glorias y de honores

Hoy todo hombre es político, tribuno...
y en verdad, todo son legisladores;
mas Licurgos patriotas ¡sólo hay uno!

1886.

XXVIII

LA LIBERTAD

SONETO

Luce el sol con su espléndida hermosura
después de oscuro y tormentoso día,
y rasgando las nubes, nos envía
el raudal de su luz ardiente y pura.

Pobre, infeliz, al ver su desventura,
llorando está la amada Patria mía;
y á inundarla de luz y de alegría
no llega un sol de paz y de ventura.

—¿Porqué no vienes, Libertad hermosa,
y otra vez será reina de naciones
la Patria de los héroes inmortales?

—Porque mi grato imperio no reposa
si no forman su base, corazones...
y ¡qué contados sois los liberales!

1886.

LA FORTUNA

SONETO

Sediento de paceres, escalaba
el monte donde tiene la Fortuna
su regio alcázar, de riquezas cuna,
y emporio de la dicha que buscaba.

Después de mucho andar, nunca llegaba;
y casi ya sin esperanza alguna,
sin fuerza y sin aliento, una por una,
mis pobres ilusiones deshojaba.

Al verme cabizbajo y aflijido,
llegóse á mí, diciendo, la Esperiencia:

—Joven ¿á dónde vais?—Voy allá arriba.

—¿Sois pobre?—Sí, en verdad; siempre lo he sido.

—¿Teneis acaso limpia la conciencia?

Pues difícil será que se os reciba.

1886.

LA PAJUELERA

ROMANCE

Esa pobre mujercita
que va vendiendo pajuelas,
siempre triste y enlutada,
es ya muy vieja, muy vieja.

En el alma triste luto
más que en los vestidos, lleva,
porque no hay nada más negro
que de un corazón, las penas;
que del alma solitaria
la amarguísima tristeza;
que de una madre, que llora
de un hijo amado, la pérdida,
las lágrimas, que del alma
la dulce alegría ahuyentan.



Y esa mujercita es madre,
sin hijo que la sostenga,
que consuele su amargura,
que dé aliento á su existencia;
es una alma que está sola,
sola y mísera en la tierra,
sola... nó, que la acompañan
los recuerdos y las penas.



Quiero contaros la historia
de esa pobrecita vieja,
de esa mujer enlutada
que va vendiendo pajuelas:



Era su padre marino
de alma templada y serena,
con un corazón más grande
que la órbita del planeta;
español de los antiguos,
de los que por su bandera
derramaban, gota á gota,
todo el jugo de sus venas.

Se alistó de marinero
en un navío de guerra,
y como un héroe peleando
contra la ambición inglesa,

lleno de gloria, dejó
en Trafalgar, una pierna.

« ¡La otra, cuentan que decía,
por otro Trafalgar, diera! »



Quedóse sola en el mundo
de padre y de madre huérfana,
la que entonces era moza
y linda como una estrella,
la que es hoy la viejecita
que va vendiendo pajuelas.

Se casó... y también su esposo
fué marino de alma entera;
tuvo un hijo... y también su hijo
tuvo dotes marineras,
y se embarcó con su padre,
y con las olas en guerra,
hízose un mozo fornido
y más fuerte que un atleta,
que ni temía borrascas
ni la inquietaban tormentas;
guapo mozo, buen marino,
de alma franca, honrada y buena.

El sentía por su madre
una adoración inmensa...

¡ay! ¡si vierais cómo llora,
cada vez que lo recuerda,
esa pobre viejecita
que va vendiendo pajuelas!



Cumplió veinte años el mozo
y á pagar marchó la deuda
que con su patria contrajo
desde el día en que naciera;
¡ese tributo de sangre
que tantas lágrimas cuesta!

Porque la suerte lo quiso
se embarcó en la *Berenguela*,
y después de muchos años
de malos ratos y penas,
el grado de contramaestre
le dieron en recompensa.

Y fué al Callao, á lavar
á sangre y fuego, una afrenta
que oscurecía las glorias
de la española bandera.



De manchas y afrentas limpia
quedó la gloriosa enseña;
costó sangre la jornada,
y costó la vida entera

del nieto del que dejó
en Trafalgar una pierna.



Al poco tiempo enviudaba,
para aumentar sus tristezas,
la mujercita que tiene
en el corazón, más penas
que granos de arena el mar
y que el firmamento, estrellas.

Desde entonces, sin apoyo
vive en el mundo, esa vieja,
que ha lavado con la sangre
de su sangre, las afrentas
que se han hecho, de su patria,
á la gloriosa bandera;
de quien, el padre, dejó
en Trafalgar, una pierna;
de quien, el hijo, la vida
en el Callao rindiera.

Y si no quiere morir
de hambre, de frío y miseria,
la hija y madre de esos héroes
—sin nadie que la sostenga,
que mitigue la amargura
que acibara su existencia—

de luto siempre vestida
tiene que vender pajuelas.



Es una alma que está sola,
sola y mísera en la tierra,
sola... nó, con ella viven
los recuerdos y las penas.

Es un mártir de la patria
esa pobrecita vieja.
¿Quereis premiarla? Compradle
un manojo de pajuelas.

1886.

XXXI

HISTORIA VULGAR

De unos vecinos que tengo
voy á contaros la historia:
la oí de los secos labios
de la más lista habladora,
que de mi pueblo registran
los anales y las crónicas:
con esto ya veis si son
autorizadas las notas
que tomé y que ahora me sirven
para la presente historia.

I

Comienzo:

Son mis vecinos
unas honradas personas:
él un pobre carpintero
de alma noble y generosa,
de edad como de treinta años
y de figura algo tosca;
y ella, una hermosa mujer,
recatada y hacendosa,

que ni se cura de afeites
ni de vestir á la moda;
con lo cual se deja dicho
que nada tiene de loca,
y que en peligro inminente
no está de su esposo, la honra,
ni el aseo de su casa
ni la cuestión económica.

II

Se llaman Juan y María:
pocos años há que gozan
de la paz de un matrimonio
sin disgustos ni discordias,
que es—según la charlatana
de quien he oido la historia—
el mayor bien de los bienes
de nuestra vida angustiosa.

La historia de los amores
de esa pareja de tórtolas,
tiene el menguado interés
de ser muy corta, muy corta:
el capítulo primero
de una sonrisa se forma;
el segundo de un saludo
y dos palabritas, consta,
y los demás... se supone
que tendrá muy pocos la obra,

pues al vijilante amparo
de la anciana tia Antonia,
fué continuando en la reja,
de cada noche un par de horas,
y á los dos meses escasos
daba fin en la parroquia.



Considerad lo felices
que serían en sus bodas,
cuando sepais que aun hoy dia
los dos esposos se adoran:
entrar en su nuevo estado
sería entrar en la gloria.

Para colmar su ventura,
Dios un hijo les otorga,
blanco, rubio, sonrosado,
de faz risueña y graciosa.

¡Diéranle unas blancas alas
y era un ángel en persona!

III

Mas tan terrible es la vida
y se da á tanta mudanza,
que nunca las dichas duran;
tras ellas vienen las lágrimas,
con los recuerdos, que dejan
sus espinas en el alma.

También turbaron las penas
la dicha de aquella casa.

Una noche se nublaron
las más dulces esperanzas
del honrado matrimonio:
el hijo de sus entrañas,
presa de agudos dolores,
falleció, sin que las lágrimas,
ni los besos ni los ayes
darle la vida lograran.

¡Pobre Juan, pobre Maria!
¡Cuánto recuerdo en sus almas
dejó el ángel que hacia el cielo
batió tan presto las alas!

Aquella cuna vacía,
testigo de su desgracia,
que albergaba en otro tiempo
el sol de sus esperanzas;
los pañales, el gatito
con que inocente jugaba;
todo, en fin, del niño muerto
dulces recuerdos les guarda,
que son más tristes, más tristes
que la perdida esperanza.

«¡Hijo mio!» hasta murmuran
las paredes de la casa.

IV

En una tarde de Mayo,
volvían del cementerio
Juan y la triste María,
tan felices otro tiempo,
de cubrir de hojas y flores
la losa del niño muerto.

El sol deshecho en mil rayos
de esplendor llenaba el cielo;
por todas partes las flores
mostraban su hermoso pétalo;
los pajarillos cantaban
demostrando su contento;
aves y flores y campos,
claridad del sol y el cielo,
todo, todo sonreía...
Juan y María, vertiendo
las lágrimas de sus ojos,
pensaban en su hijo muerto.

V

Cierto día vino Juan
á su casa, muy risueño,
rebosando la alegría
en sus grandes ojos negros:
los vecinos se admiraron;
«Algo tiene Juan de nuevo»

dijo una vieja chismosa,
y anhelante por saberlo,
tanto husmeó, inquirió tanto
y tan bien empleó el tiempo,
que al poco rato contaba
á los vecinos del pueblo,
«que Juan le trajo á María,
cuando *tan otro* le vieron,
— para consolar un poco
sus tristísimos recuerdos,
y borrar con su cariño
el del hijo que perdieron—
de la Casa de la Inclusa
un niño como un lucero.

VI

Mucho tiempo ha transcurrido,
mucho tiempo, mucho tiempo,
y al hijo adoptivo adoran
los esposos, en extremo.

Pero aun á veces, María,
cuando se pasan el tiempo
junto á la cuna, en las noches
largas y frías de invierno,
dice al noble Juan: «¡Qué hermoso
era el pobre niño muerto!»

Y las lágrimas la ahogan
y al niño vivo da un beso.

XXXII

A mi primita

MARÍA MOREY PABLO

Si alguna vez, hermosa niña, hicieras
un álbum, y quisieras
en sus hojas mirar la firma mía
bajo una pobre flor, ya casi ajada,
que brotara mi estéril fantasía,
¡que sea para todos ignorada!

Que puesta en parangón con otras flores
de más bellos colores
que ensalzarán tu gracia y hermosura,
será gran desventura,
que aunque sincero y fiel es mi contento,
desmerezca en belleza y sentimiento.

Mas como veo, niña, en esos ojos
y en esos labios rojos,
la hermosura enlazada á la pureza,

no buscarás belleza
sino sinceridad en mis cantares,
y pensarás, que lejos de tus lares
una alma ruega á Dios, que en tu existencia,
guarde la hermosa flor de tu inocencia.

1883.

XXXIII

EL PORVENIR

¡Quién sabe lo que tienen
los días venideros
entre sus negras sombras,
guardado para mí!

¡Quién sabe si son dichas
quién sabe si son penas
lo que en silencio forja
mi oculto porvenir!

No sé por qué suspiro
ni sé por qué me afano,
ni sé al buscar la gloria
si glorias hallaré,

O si vendrá la muerte
cortando mi camino...
¡la muerte! que mañana
me llevará, tal vez.

¡Destino! ven y dime:
¿Los días de mi vida

amargos ó felices
en mí se posarán?

¿Me guardas tú dolores
ó goces y alegrías?
¡Oyendo estás mi ruego
y siempre has de callar!

Entre la densa sombra
que colosal te envuelve
me arrojo, y se ilumina
todo detrás de mí.

Mas ¡ay! porvenir fiero,
delante es todo oscuro...
¡de mi carrera larga
la muerte será el fin!

1886.

XXXIV

Entre un horrible montón
de cadáveres, fué hallado
en la mano de un soldado
un pequeño medallón.

De peregrina hermosura
la imagen había en él:
y al dorso, decía: «Pura,
como recuerdo, á Miguel.»

Y sobre su corazón
tan fuerte estaba apretado,
que no se pudo al soldado
arrancarle el medallón.



Cuéntase que á la misma hora
en que se dió sepultura
á Miguel, estaba Pura
diciendo: «Mi alma te adora»,

ya de sí misma olvidada,
á cierto feliz doncel.

y á la primer paletada
que cayó sobre Miguel,

se confundió el sordo ruido
que sonó en la sepultura,
con un beso que dió á Pura
el doncel enardecido.



Miguel, que hacia Dios el vuelo
dirijía, oyó el rumor,
y estremeciendo el dolor
su espíritu, entró en el cielo.

1886.

MELANCOLÍA

¡Felices los que lloran!
¡Felices los que pueden
con lágrimas del alma
sus penas desahogar!

Y guarda su memoria
recuerdos, siempre amantes,
del bien que, ya perdido,
no ha de volver jamás.

Mas ¡ay! aquel que siente
sin gozo y sin ventura,
nublada su alegría,
los días transcurrir.

Y sin saber la causa
que el corazón oprime,
padece... mas no sabe
por qué tanto sufrir.

Para él triste es la vida;
para él ya no hay consuelo;
para él no hay luz que pueda
la sombra iluminar,

en que los días tristes
de su cruel existencia,
se envuelven, ¡esos días
que siempre tardos van!

No bastan, no, al que siente
fatal melancolía,
riquezas ni ventura
ni gloria ni placer.

Que siempre tendrá en su alma
vacíos incolmables:
penas, que sus placeres
convertirán en hiel.

¡Oh! Siempre la campana
resonará en su oído
con sonos funerarios,
con gritos de dolor;

murmurarán las olas
para él, sólo lamentos;
ardiente, mas no hermosa,
será la luz del sol.

¡Misterios de la vida!
¿Jamás la humana ciencia,
del corazón las sombras
podrá desvanecer?

¿Por qué hay quién sufre y llora,
quién vive agonizando,
quién penas sólo siente
sin descifrar por qué?

¡Ay! Llore el que ha perdido
algún sér adorado;
llore, quien de la suerte
paria infeliz nació;

Que el llanto es el alivio
de la penosa vida,
el bálsamo que al hombre
que sufre, ha dado Dios.

Mas ¡ay! el que no tiene
recuerdos en el alma,
objetos adorados,
desgracias, que llorar,

y siente honda tristeza,
que nunca desvanecen
ni el sol de la esperanza
ni amor, fé, ni amistad;

Jamás siente sus ojos
en lágrimas bañados;
contra sí mismo lucha
con batallar sin fin;

con lucha de titanes,
en que, ó la fé se pierde
ó sólo halla una tregua
y alivio en el morir.

1886.

XXXVI

VIEJA, HABLADORA Y BEATA

Museo de antigüedades
y de maldades archivo;
gacetilla de la aldea
y en toda cuestión testigo;
sarna importuna de novios,
sabañón de tus vecinos,
corresponsal del infierno,
separadora de amigos:

Cada semana confiesas...
proclamas con esto mismo
que no caben en tu pecho
tus pecados infinitos.

Sobre aqueste mismo asunto
me dijo ayer un amigo,
que por murmurar tan sólo,
mal dijeras del Dios Hijo.

Y de esto voy coligiendo,
y en mi pensamiento afirmo,
que de ti misma murmuras
por no cesar en tu oficio.

En fin, no te digo más
porque bastante te he dicho,
y no te han de corregir
versos hablados ó escritos,
pues no es fácil arreglar
el árbol viejo, torcido...
¡y tú te acuerdas, alhaja,
del tiempo del rey Perico!

1384.

XXXVII

¡ESPERANZA!

¡Oh, sol de la esperanza,
ven á alumbrar mi vida;
el alma dolorida
vuelva á gozarse en ti!

Recobre el pecho mio
tu luz, que huyó tan lejos,
y brillen sus reflejos
para posarse en mí.

Yo siento el eco dulce
de acento misterioso
que en cántico amoroso
me llena de placer.

¡Santa ilusión del alma,
ensueños adorados,
amores no olvidados,
delicias de mi sér!

Ya vuelven, ya se acercan,
ya inundan el vacío
que en el corazón mío
el padecer formó.

Y en cánticos de amores
y en olas de armonía,
retorna la alegría
que de mi pecho huyó.

Bendita tú, esperanza,
consuelo de la vida;
¡Oh, luz que ya perdida,
en mis pesares vil!

La nube de mis penas
huyendo va muy lejos;
luciendo tus reflejos,
vén á posarte en mí.

1883.

XXXVIII

LA IDEA

Encrespadas, rugiendo van las olas
y sobre el buque náufrago se lanzan
con furia sin igual; nada detiene
su carrera veloz; en los costados
se rompen, retroceden y se arrojan
otra vez y mil veces á las tablas
que crujen, y que jimen, y no pueden
los golpes resistir, y al fin deshechas
sobre las olas gigantescas flotan,
de su furia á merced.

Ya está vencido
el buque audaz, que dominar creía
bajo su quilla las inquietas aguas...

De numerosas víctimas los ayes
ya no se escuchan; perecieron todos
los que el valiente buque tripularon;
mas la lucha no acaba: todavía
los restos dispersados se defienden,
y aunque las olas braman y golpean,
cada vez más furiosas, siempre flotan

sobre su frente vengativa, y andan siempre más, siempre más las tablas débiles.

Undirlas no podrán rudos embates; y aunque en átomos quiera dividirlas la airada tempestad, siempre las tablas andarán más y más, y de las olas, por el furor sañudo, conducidas, llegarán á la playa. Y otros hombres con ellas formarán otros bajeles y á la mar entregados, nueva ruta han de seguir y domarán un día de las gigantes ondas, el orgullo.



Así es la idea: aunque su fieras olas la sañuda ignorancia agite, y quiera en el abismo inmenso sepultarla, siempre una tabla quedará flotando, que llegará á la playa de sus fines, y desde donde, con su noble esfuerzo, la furia abatirá de su adversario.

1886.

XXXIX

EL CUMPLEAÑOS

¡Seis años tengo, abuelita!
—¿Y cuándo los cumplés?—Hoy.
—Mi enhorabuena, Adelita;
eres ya una mujercita.
—¿Es verdad, que ya lo soy?

¡Claro! ¡No faltaba más!
Una mujercita... enana.
—Pues dice mi niña Juana
que nó.—¿Que nó! Ya verás
como arreglo yo á tu hermana.

¡Decirle á mi pobre Adela
que no es mujer! Ya se ve...
la envidia...—Te contaré
un secreto mio, abuela;
es cosa que ayer pensé.

—Dímelo y confía en mí.
Para ser como mi hermana

me faltan seis años?—Sí.

—¡De aquí á siete, yendo así,
yo seré mayor que Juana!

¿No es eso, abuela, no es eso?

—Sí, niña; sí, mi embeleso.

—¡No se lo digas, abuela!

—Te doy mi palabra, Adela;

¿y tú qué me das?—¿Yo?... ¡Un beso!

1886.

XL

SOBERBIA

¿Sabes, aquel don Frutos de la Avena, un señor de los más adinerados de toda la comarca, que parece una cuba con piernas, por lo gordo y menudo de talla?

Tú le has visto por las calles andar: alta la frente, el pecho muy sacado, y sin dignarse saludar más que á tres ó cuatro viejos de su misma calaña...

Ese don Frutos se cree poco menos que divino, porque nació de la Avenil estirpe y es nieto, en línea recta, de un lacayo de los reyes de España, nada menos; el cual, según las crónicas nos dicen, del pienso que á las bestias reales daba su apellido tomó.

Pero don Frutos,
por no sé qué felices carambolas
que la suerte dispuso, pues la suerte
suele ser muy amiga de los necios,
llegó á ser propietario y de los ricos.

Mas ni el tesoro de su rico erario
ni sus viñas vacadas y heredades,
lograron desbastarle, ni pusieron
una pizca de ciencia en su caletre.



Todo es, para él, indigno de su aprecio:
cuando mira á las gentes, desde lo alto
de sus ojuelos verdes, que se asoman
á un lado y otro de su nariz, gruesa,
y como berenjena, amoratada,
parece que es favor inapreciable
que á la villana humanidad, conceda.

Y Dios te guarde de llamarle Frutos
sin señor don joh, Dioses inmortales!
tamaña injuria, ni tu sangre misma
la podría lavar. Su noble raza,
la raza de la Avena, no ha tenido,
á su decir, ni manchas de deshonor,
ni miembros miserables, ni la injuria
dejó impune jamás. Pero si quieres
que propicio te sea, vé y humíllate,
quemando algún incienso ante sus aras,

adulándole un poco, y de sus lares
las puertas te abrirá; y si no te cuenta
cada vez que te vea, cien historias
de su magín sacadas, que ennoblecen
el blasón de su clara y noble estirpe,
que me emplumen. De un árbol genealógico,
que no sé quien demonios le ha forjado,
te enseñará las intrincadas líneas,
y si tienes paciencia, poco á poco,
de rama en rama, te pondrá en la cuenta
de que el primer Avena que ha existido
fué primo de Jacob.

¡Pobre don Frutos!
¡Bien hizo Dios en darle las riquezas
ya que el talento, le negó, y el seso!

Ganas me dan,—al verle tan altivo,
con su pausado andar, su aspecto airado
y su faz torva, para asemejar lo grave
y alto de las olímpicas ideas
que un noble ha de tener—de ir á cojerle
y decirle: «Limpiad ese cacumen,
»de las ideas tontas que lo llenan,
»con el agua más pura, la que mana
»de la lectura de los buenos libros.
»Y al ponerlos delante un monumento
»de grandiosas ideas, que la ciencia
»ó el ingenio de un hombre levantara,

»os hallareis tan pobre, tan pigmeo,
»que esclamareis:

«¡Señor! ¿De qué me sirven
mis cuantiosas riquezas, los blasones
que la Avenil estirpe me ha legado,
si ni aún puedo comprender lo grande
de lo que hasta ahora consideré indigno
de que ello mis ojos se fijaran?»

«Y al juzgaros así, lo que perdierais
»en soberbia, en saber lo ganaríais;
»y la razón os alzaría entonces
»del nivel de los tontos, en que viven
»todos los hombres vanos y soberbios,
»pues no hallareis un sabio sin modestia.»

1886.

XLI

DOLORA

Mira el árbol, en verano,
cuán lleno de hojas está,
cuán vigoroso y lozano...
El invierno llegará:
verás como se deshoja
al contacto de la helada...
¡Ay! de su hermosa enramada
no le quedará ni una hoja.



Al principio de la vida
se llenan los corazones
de hojas, que son ilusiones.
Mas la edad viene enseguida:
y el desengaño deshoja
ilusión tras ilusión:
¡como el árbol, sin una hoja,
así queda el corazón!

1886.

XLII

A LA MEMORIA

de mi anciano amigo el médico y poeta menorquín

D. ANDRÉS HERNÁNDEZ GUASCO

Yo era niño, muy niño, y ya sabía
que ornaba tu cabeza venerable
el lauro inmarcesible del poeta;
yo leía tus versos, y tus versos
grabábanse por siempre en mi memoria,
y tu nombre querido y respetado,
como estatua inmortal, de gloria llena,
la admiración alzaba ante mis ojos
sobre el zócalo eterno de tus obras.

Yo sentí entonces el ardor poético
nacer en mí, crecer... tendí las alas
y con mejor deseo que fortuna
quise alcanzar el nombre de poeta,

y al fin compuse versos. No es la gloria de quien la ansía ni de quien la busca, sino del genio, y yo... mis alas de Ícaro derritió á la mitad de mi carrera el gran sol de la gloria, y caí al suelo.

Nadie me oyó: duraban mis poesías en la memoria del lector, un soplo, sólo un instante, un *átomo de tiempo*.
«¡También para la gloria—pensé entonces—necesita el ingenio la fortuna!»

Y tú solo, mi amigo venerable, conociste mi afán, y me tendiste tu mano franca y leal, y tu consejo me animó á que volviese á la palestra.
—Un día, hace ya tiempo, algunos años, publiqué una poesía: (*) un pensamiento engarzado en cuartetos deleznable, que, según frase tuya, era una joya.

Quisiste conocerme y me dijiste:
«Lee mucho, Ruiz, y escribe luego.»
Y yo te obedecí.

(*) Véase la poesía XLIII, titulada *Las Nubes*, que fué publicada en la hoja literaria del periódico *El Liberal* de Mahón. La inserto en este librito sin corrección alguna, porque así lo he creído necesario para completar la presente.

¡Oh! aquellas *Nubes*
me trajeron la lluvia bienhechora
da tus consejos y amistad sincera,
que en mí hicieron brotar ópimos frutos.

Yo leí cuanto pude y ví bien claro,
cuanto más estendía mis lecturas,
cuán alta está la gloria y cuán lejana,
y ya no escribí más; sembré tan sólo
en la campiña inculta de *yo mismo*.



Alguna vez, herido el sentimiento,
la pluma tomo y de mi pecho exhalo
el pesar que me aqueja y que me abrumba
en versos malos, sí; pero que dicen
la verdad con que siento y con que escribo.

Y hoy que tu cuerpo en el sepulcro cae,
y mueres para el mundo, yo, que debo
á la amistad dar el postrer tributo,
y al sabio rindo admiración, deshojo
de tu sepulcro al pié una flor modesta
que ha brotado del fondo de mi alma,
de este pobre jardín que es un desierto.

Feliz tú, buen amigo, que has dejado
la luz tras tí, de tu saber profundo,

y tienes quien te llore y te bendiga,
y sabes que tu nombre ha de ir unido
á las obras debidas á tu ingenio.

¡Descansa en paz! La tierra abre sus brazos
como madre amorosa y te recibe
como al hijo que torna del viaje,
como ha de recibirnos á nosotros.

Pero tu nombre vivirá por siempre,
como la luz que tu talento arroja,
como el alma que Dios te concediera,
que, como obra de Dios, no muere nunca,
para quien es una mentira el tiempo.

1886.

XLIII

LAS NUBES

A mi respetable amigo D. Casimiro de Cossio

Se forman del vapor que se condensa:
Suben luego; se esparcen en la altura,
Uniéndose en montón, y en lluvia densa
Encuentran dó nacieron, sepultura.

Luego vuelve en vapores cada gota
Otra vez y mil veces á formarse;
La nube vuelve á ser, y otra vez rota
De la altura desciende á despeñarse.

No se pierde ni un átomo siquiera:
Uno forma con otros mil la rosa,
El animal, la piedra más preciosa,
Y nace un sér del sér que feneciera.

No existe, pues, la muerte; todo es vida;
De Dios es ley que lleva ese resorte

De constancia infinita, no medida;
Nada se aparta de su propio norte.

¡Oh, inmensidad del mundo y de su esencia!
¡Oh, profundo saber que en todo brilla!
¡Bendita seas, incansable ciencia,
Que diste á conocer tal maravilla!

1883.

XLIV

AL DAR EL "AVE-MARÍA"

La tarde ya declina:
el sol su luz apaga;
la flor su cáliz cierra;
el ave ya no canta;
á paso moderado
la oscuridad avanza,
y aún tiñe los valles,
el cielo y la montaña,
con sonrosadas tintas
el día que se acaba.

El céfiro murmura,
jugando en la hojarasca;
las olas también juegan,
chocando con la playa;
pero con són tan débil,
y con acción tan lánguida,
que son más que murmullos
lo que hacen viento y agua,

siseo de oraciones
y gotear de lágrimas.



La aldea que se estiende
á orillas de la playa,
sumida en el silencio
parece que descansa,
cual blanca gaviota
encima de las aguas.

Humo leve, despiden
sus chimeneas altas,
formando nubecillas
que al cielo se levantan,
como las oraciones
que á Dios dirige el alma.



Se escucha de improviso
el són de la campana,
que va repercutiendo
del valle á la montaña
y sobre el mar, volando
se aleja de la playa.

Todo: rumor de viento,
susurro de hojarasca,

murmurio de las olas,
humo que al cielo se alza,
todo, todo va unido,
rezando una plegaria,
que á Dios la tierra envía
como en acción de gracias.

Y luego, al extinguirse
el són de la campana,
todo en silencio queda;
la oscuridad avanza;
el Universo duerme;
Naturaleza calla,
y empieza á andar la noche
tranquila su jornada:

1886.

XLV

POESÍA MENORQUINA

Casi sensa color, una floreta
enmosteïda per lo raig del sol,
doblegava son cálzer hermosíssim,
com doblega el seu cap l' infant qui 's mor.

Mes l' hi caigué una gota de serena
damunt sas fulles; aixecá lo front,
y altra vegada bella y olorosa,
plena de vida, se mostrá la flor.



Sobre un cor qui perduda s' alegría
morir se senti d' agonía y dol,
si voleu que se salvi, d' una llágrima
derramau amorosos la frescor.

Qu' així com son las gotas de serena
consol y vida de las bellas flors,
á los cors afligits, qu' el dolor mata,
la vida tornan llágrimas d' amor.

1886.

SA GUITERRA

POESÍA MENORQUINA

No sé que té sa guitarra;
jo no sé que hi té á sas cordas,
que á tot-hom sembla que riu
y á jo me sembla que plora.

Un vesí meu ne té una;
moltas vegadas la toca;
cuant més alegre éll la fér,
ab més tristeza ella sona.

O sas mans de mon vesí
no saben fer altre cosa
ó sa guitarra está trista
ó es lo meu cor el qui plora.

1886.

XLVII

POESÍA MENORQUINA

Jo vull guañar la corona
de verdes fulles de llor,
que guarda la poesia
pera sos fins amadors.

Ab joya tan estimada
jo me vull guarnir lo front:
sas fulles, que may se secan,
son més pressioses que l' or.

Si poch alcansarla poden
jo 'n vull ser un de los poch.
¿Qu' es molt mal de fer guañarla
y lo sender escabrós?

No hi fa res. Jamay se cansan
las aletas de mon cor,
y ellas son qui me condueixen
y allá me durán d' un vol.

Puis com no més se premia
lo sentiment y l' amor,
y jo 'n teng adintre l' ànima
pera omplirne tot lo mont,
meva será la corona
de verdes fulles de llor.

1886.

XLVIII

LO RUBOR

A ma germaneta

POESIA MENORQUINA

Va neixer una al-lota molt hermosa.
Deu la va fer d' un boqueret de flors
del jardí de los cels: de las rosetas
prengué, per fer sos llabis, lo color;
despuis, de lo sobrant, sas galtas pinta...
despuis... encara n' hi quedava un poch,
y l' hi dona y l' hi diu: «Assó, mon ángel,
» guardau sempre amagat adintre 'l cor;
» es assó la pureza, no la perdis;
» aquest color sols guarnirá el teu front;
» cuant lo vissi te vullguie fer sa presa,
» éll te defensará: n' es lo rubor.

1886.

LA CONCIENCIA

Mientras el viento con furor no agita
la superficie inmensa de los mares,
tranquilas, sosegadas van las olas
á besar con amor el pié á la orilla
y el azul de los cielos se refleja
en el grandioso espejo de sus aguas.

Nada turba su paz. Las naves cruzan,
líneas trazando, encima de él, que al punto
se borran, sin dejar su débil huella,
como las aves que el espacio hienden
sin dejar la señal de su camino,
ó como el astro que veloz recorre
su órbita inmensa, sin dejar ni el rastro
de su rápido andar.

Pero si el viento
con furia silba y sobre el mar se lanza
y arremolina el líquido obediente
y agita la azulada superficie,
las olas truecan su tranquilo paso

en infernal carrera, y son los besos
que daban á la orilla, siempre inmóvil,
golpes terribles de titán furioso
que amenazan derruir la fuerte roca.

Ya no retrata, no, del firmamento
el hermoso color; negro se torna,
negro, como el instinto de los malos.
¡Pobre del buque que á cruzar se atreva
la revuelta y furiosa superficie!
sucumbirá á sus golpes furibundos
y será sepultado en el abismo.

Nada aplaca su cólera imponente,
ni lágrimas ni ruegos; ni esforzado
nadie quiera luchar con esas olas
que al cielo suben con la frente erguida
rugiendo de furor; todo es inútil;
la tempestad no puede ser piadosa.



Del mar imagen pura es la conciencia:
mientras no deis á la maldad, oídos,
que es el viento furioso que nos mueve
á despreciar el bien, la paz del alma
llenará por completo vuestra vida;
las penas pasarán sobre vosotros,
como la nave sobre el mar inmenso,
sin dejar la señal de su camino.

Mas ¡ay! ¡pobre del malo! del que escucha
la voz de la maldad! Será su vida
horrible tempestad, que nunca cesa;
jamás comprenderá del hombre honrado
los legítimos goces, la ventura
del alma, que tranquila recorriendo
los días de su plácida existencia,
nunca siente turbada su alegría
por recuerdos del mal, que ya causado,
aunque impune las leyes lo dejen,
siempre, como cruelísimo verdugo
da tormento sin fin á la conciencia.

1886.

L

LA PLEGARIA

A mi querida abuela

La anciana abuelita
al niño velaba.

Orlaban su rostro
blanquísimas canas;
arrugas sin número
su frente cruzaban;
nublaba sus ojos
la tristeza amarga,
y en sombras tenía
la vida y el alma.



El niño era hermoso:
su tez era pálida,
sus cabellos, negros;
su boca, rosada...

el niño dormía
su sueño turbaban
dolores sin cuento,
visiones extrañas;
la enfermedad fiera
su vida minaba,
y á veces sonreía
con sonrisa amarga.



A cada momento
la abuela inclinaba
su cara rugosa
sobre aquella cara
bella como el cielo,
cual la cera, pálida;
y la mano trémula
con amor posaba
sobre aquella frente
en que sus tenazas
la fiebre ardorosa
sin piedad incaba.



El médico viene;
pulsa al niño; clava
sus ojos en esa
bellísima cara:

á su ciencia implora
y la ciencia calla;
cabecea un poco,
y... «No hay esperanza»
dice á la abuelita,
que, llenos de lágrimas
los cansados ojos,
ve la luz de su alma
por siempre perdida,
como en la borrasca
su bajel querido
mira el pobre nauta.



¡Ay! sueños de gloria,
dulces esperanzas,
que en su nietecito
la abuela cifraba,
todo va á perderse,
todo, todo marcha,
dejando en tinieblas
á la pobre anciana.



De aquel niño enfermo
mira la tez pálida,
de besos la cubre,
la inunda de lágrimas,

le da sus caricias
pues su vida acaba.
¡Serán las postreras
de la pobre anciana!

De pronto ilumina
su mente, nublada
por tantos pesares,
la dulce esperanza;
sus llorosos ojos
en la pared, clava,
donde en un cuadrato
se mira una estampa
de la dulce Madre,
de la Virgen Santa.

Ante ella de hinojos
se postra la anciana;
llena de fe, reza
devota plegaria,
con frases, que brotan
del fondo del alma;

«¡Oh, Madre amorosa,
mi dulce abogada!
Tú que eres consuelo
de toda desgracia;
tú, que eres del náufrago
salvadora tabla,

consuela mis penas,
enjuga mis lágrimas;
ve que de mi niño
la vida se apaga,
y sin él no puede
vivir esta anciana
con gozo en el pecho,
con paz en el alma.»

El niño suspira:
vuelve la mirada
la aflijida abuela,
y mira con ansia
como el angelito
sonríe y la llama...



A los pocos días
sobre la tez pálida,
del hermoso niño,
rosas se posaban;
y el gozo volvía
á llenar el alma,
á ahuyentar las penas
de la pobre anciana.

Y no hay quien la saque
de que su plegaria,

revivió una vida
que ya se acababa,
consoló sus penas
y secó sus lágrimas.

1886.

LI

HISTORIA DE UN CANTAR

I

—Vén, dame un beso, hijo mio.
—¿Uno solo? ¡más de cién!
—Con uno me basta, vén,
vén, hijo amado; que el frío
que comienza á helar mis huesos,
ha de huir con el calor
de tus besos... de tus besos
dados... así... con amor.

—¿Así?—Más, más, alma mía.
—Cálmate, madre.—¡Así, más!
¡Que no se borre jamás
de tu memoria, este día!

Así, abrazados los dos,
yo muero... y gozo con verte...

no llores; viene la muerte...
dame el último... y ¡adiós!



Y allí el pobre hijo, llorando,
de dolor herido el pecho,
quedó inmóvil junto al lecho
en que ella estaba espirando.

Y al cadáver dijo así,
en un doloroso acceso:
«¡Tu beso, tu último beso
no ha de apartarse de mí!»

II

— Mi bien: de tu corazón
dame la primer ofrenda;
dame un beso, como en prenda
de tu entrañable pasión.

Dame de tu amor tan puro
recuerdo imperecedero;
dámelo, guardarle quiero
aquí, en el alma; y te juro
ser sólo tuyo, alma mía,
ser sólo tuyo y no más...

—¡Toma!—Así!—¿Me olvidarás?
—¡Ni en la postrera agonía!



Y el noble mozo partió
de aquella bendita tierra,
pues llamábale la guerra
y á su deber acudió.

Y allá lejos de su amada
y de los nativos lares,
entre cien y cien cantares,
brotó de su alma apenada,
éste,—que siempre cantó
con triste y doliente acento,
y que un dulce sentimiento
en su memoria esculpió:—

(*) «Dos besos tengo en el alma
» que no se apartan de mí:
» el último de mi madre
» y el primero que te dí.

1886.

(*) Este cantar, que encierra un precioso concepto y un delicado sentimiento, no sé á quien es debido: yo no le creo salido del pueblo; pero se ha estendido tanto, que ya puede llamársele «popular».

LOS DESENGAÑOS

Nidos de golondrinas
son nuestras almas,
en que anidan á veces
las esperanzas.

Pasa el verano:
se van ellas, y dejan
los desengaños.

1886.

LIII

MATER DOLOROSA

A ma estimada mare

*Stabat Mater Dolorosa,
juxta crucem, lacrimosa,
dum pendeat Filius.*

Baix de la creu ahont Jesu-Crist moría
sa Mare desolada y trista plora:
vestida va de dol com la nit negra;
la pena de son cor es com nit fosca,
y á los peus de son Fill, mort, abrassada,
sobre la dura peña s' ajonolla.

L' acompanyan Joan y Magdalena,
y provant si ab paraulas la consolan,
volen parlar, y tanta pena al veurer,
el dolor los escaña y també ploran.
Y allavor es María qui les parla
y ab paraulas d' amor, consol les dona.
¡Santa Mare! Son Fill mort, allá mira,

el dolor las entrañas l' hi destrossa
y, resignada, encara seca llàgrimas
qui no son com las sevas, dolorosas.

Sos ulls, hermosos com estels purissims
entelats de plorar y rotjos tornan;
sos llabis coralins, fonts de tendresa,
son del color morat de las violas,
y aquell front de puresa immaculada
pareix qu' ha perdut ya sa llum hermosa;
y, presa del dolor y l' agonía,
alsa sa veu com la d' un ángel dolça,
y diu aixís al Just, qui mort ya n' era,
llansant un jay! qui feu plorar las rocas:

«¡Oh Fill meu! Ya n' ets mort, y ma ventura
ab ton darrer sospir, perduda vola,
com la fulla de l' arbre, enmosteïda,
lo vent furiós á son plaher s' emporta.

» *¿Hi ha dolor com lo meu? ¡Oh! veniu, mares;*
las qui teniu en vostres fills la gloria,
y ab las miradas de sos ulls hermosos
las penas de vostra ánima consolan:
¿no son sos llabis de dolsura tassas?
¿no son sas mans las més pressiadas joyas?
¿no es lo seu cos de vostre amor objecte
y los colors de sas galtetas, rosas?

» ¡Contemplau mon dolor! ¡Pietat teniume!
La gloria meva no existeix, ya es morta;

sos ulls tancats están, ya no me miran
y consolar mas penas ya no podan;
no puch beurer la mel de sas besadas
puis ha amargat la mort la seva boca;
ab claus qui mas entrañas atravessan
foradadas están sas mans pressiosas;
lo martiri ha nafrat son còs bellíssim;
de sa cara n' han fuit las frescas rosas...

» Y tú, Jesús, respón á mas paraulas;
lo plor aixuga de esta pobre dòna.
¿Tú, qui n' ets font de vida, l' has perduda?
Tú, qui est la llum qui envía poderosa
la bondad y l' amor sobre la terra,
tancadas has trobat d' amor las portas?

» *Mon reine no es del mont*, tú ya ho digueres;
mes el mont t' ha posat eixa corona,
qui ensangrentant ta cara, ab sas espinas
mas entrañas també y mon cor destrossa.

» ¡Qui haguera dit que el Fill de mas entrañas
cuant va neixer allá, en aquella cova
y assagut en ma falda, ne va rebre
los presents de los Reys, l' or y l' aroma;
aquell qui fou la vida de ma vida;
aquell qui va mamar ab tendre boca
l' aliment de mos pits; el qui guardava
ma delissia en sos ulls de llum hermosa;

el qui adintre mos brassos s' adormía
ignosent com los ángels de la gloria;
el qui ab sas mans havía de tancarne
mos ulls vidriats cuant jo hagués sigut morta;
aquell, havía d' acabar sa vida
penjant en una creu ignominiosa!

» ¡Ay jo som l' ausselleta desolada
qui va á veurer son niu y buit lo troba
y plena de dolor y llasant queixas,
sensa saber ahont va, perduda vola!

» ¡Jo som lo mariner qui sa nau mira
ya destrossada per la mar furiosa,
y senza llum ni guia ni esperansa
socós demana á la llunana costa!

Mes perdonam, Deu meu, si te don queixas,
perdonam joh, Señor! si mos ulls ploran,
que encara que Jesús té eterna vida,
encara que son ánima no es morta
y que yo sé que havía de pasarne
tot lo martiri aqueix, las penas totas
que n' ha sofert per dar vida á los homes
y lo camí enseñarles de la gloria,
som sa mare, Señor, jo som sa mare,
y si mare d' un Deu, també som dòna;
y mon ánima está senza ventura
y mon cor ha perdut totas las forsas...

¡es mort lo fill de las entrañas meas
y m' alegría ab ell també n' ha morta!»

Aixís digué María, y desolada
caigué de cop sobre la dura roca.



El sol está apagat; nivolats negres
del cel l' hermosa claredat endolan;
ni l' aussell canta son amor puríssim
ni alé de vent per la montaña corra,
y fins las flors que per la terra creixen
no donan á los aires sos aromas.
La soledat y la tristesa es tanta
que pareix que la terra sia morta.
Sols á dalt la montaña del Calvari
hi ha, amagadas per l' espesa fosca,
baix del peu de la creu ahont Jesús penja
ajonolladas tres humanas sombras.

Que al veurer los dolors d' aquella mare,
los dolors que jamay sofrí cap dòna,
la terra mira dolorosa y trista
tot lo martiri aquell y també plora.

RECUERDOS Y ESPERANZAS

I

¿Ves, en la torre de la pobre ermita,
la campana bendita
que al templo nos llamó infinitas veces,
en el cual, en coloquios semi-impíos,
tus ojos y los míos
menguaban el fervor de nuestras preces?

II

¿La ves allá elevada? ¿La conoces?
era nuncio de goces,
heraldo del amor, de la ventura...
Al vernos en la misa tan fervientes
«¡Que chicos tan creyentes!»
pensaría el anciano padre cura.

III

Por sus vibrantes sonos, evocadas,
iban, enamoradas,

nuestras almas rendidas á la ermita,
y allí postrado, junto á ti, de hinojos,
te decían mis ojos:
« ¡Salve, mi dulce amor! Tú eres bendita.

IV

»Bendita, sí, eres tú y de gracia llena.
»Por hermosa, por buena,
»por ese amor que en tu alma se atesora,
»por es faz graciosa y peregrina,
»como á imagen divina
« mi corazón, lleno de fé, te adora. »

V

Así, bien mio, junto á ti, rezaba
mientras se celebraba
el santo sacrificio. ¡Cuántas veces
de la ermita salía, en mi locura,
sin haber visto al cura
que alzaba á Dios, en el altar, sus preces

VI

Cedió el paso aquel tiempo á otros mejores,
y de nuestros amores
jamás se turba la dichosa calma:
tú, siempre bella, bondadosa, amante;

y yo... siempre constante
guardando aquel amor dentro del alma.

VII

Aún la campana está llamando al templo.
A veces la contemplo
y á mis labios acude una sonrisa,
pensando: «Ya vendrá, dulce campana,
»la dichosa mañana
»en que me llames con mi esposa á misa.

VIII

»Sólo deseo el plácido momento
»que de mi casamiento
»tu són pausado anunciará. Al oírte—
»si es que el gozo no acaba con mi vida—
»¡oh, campana querida!
»he de elevar mi voz y bendecirte.»

1886.

LV

¡ESPERANZA, ANDALUCÍA!

La preciosa Andalucía,
aquella tierra que un día
Edén fué y jardín de amores,
tierra de luz y de flores,
de gracia y de poesía,

no es de lo que fué, memoria;
pues, sumida en el terror,
escrito mira en su historia,
entre páginas de gloria,
un poema de dolor.

En ruinas espantosas
se envuelven las maravillas
de sus ciudades grandiosas,
y soterradas sus villas
antes risueñas y hermosas.

(¹) Esta poesía fué escrita para ser leída en una Sociedad, en la cual se daba una función teatral en beneficio de las víctimas de los terremotos de Andalucía.

De sus hijos desgraciados,
en ruinas sepultados,
sepulcros son sus hogares,
y hasta los mismos altares
en tumbas se ven trocados.

Llenos de terror y espanto,
miran la fértil pradera
convertida en campo santo,
regada por sangre y llanto
que brotan de donde quiera.

Los vivos lloran perdidos
en llanto amargo deshechos,
á los seres más queridos,
destrozados por los techos
de sus hogares hundidos.

Nadie calmó su pesar:
hasta el que acudió al altar
vió abrirse á sus piés el suelo;
miró suplicante al cielo
y no le quiso escuchar;

y en la postrera agonía
el templo á donde acudía
también se fué desplomando...
¡el cielo se iba alejando
mientras la tierra se hundía!

¡Pobre Andalucía, esperal
Tu tierra será, como era,
del Paraíso memoria;
la Caridad más sincera
te devolverá tu gloria.

¡Que no desmayes jamás
del destino ante la sañal
Socorrida te verás:
siempre España ha sido España,
y lo será una vez más.

Seca en tus ojos el llanto;
que con el feivor más santo,
al contemplar tanto luto,
da cada cual su tributo
para acallar tu quebranto.

Tus hijos, pidiendo pan,
desnudos y hambrientos van
tendiendo ansiosos las manos...
espera, que sus hermanos
esas manos colmarán.

España y el mundo entero
piden, para tí, dinero;
y envían en tu socorro,
el jornalero su ahorro,
su limosna el pordiosero.

Todos se afanan: al par
que el poeta su cantar
á tu desgracia dedica,
por tí el clérigo suplica
rogando á Dios en su altar.

Que un grito que el corazón
llena de santa espresión,
al mundo la virtud lanza:
á tí te dice: « ¡Esperanza! »
y á nosotros: « ¡Compasión! »

1885.

ORAD POR LOS MUERTOS

¡Oid! Es el clamor de la campana que dobla por los muertos. Es el grito de los seres que fueron y no existen, y piden oraciones y recuerdos.

¡Orad y meditad! Sobre las tumbas tristísimas coronas; florecillas de pálidos colores, en el suelo; rayos de luz de la estación que muere los valles y montañas iluminan, todo triste, lloroso y moribundo; que parece decir á los mortales:

«Pensad en los que fueron, los que han sido carne de vuestra carne; que sintieron por sus venas correr y hervir la sangre que por las vuestras corre. De plegarias, de amor y de recuerdos hambre tienen los que murieron ya. Elevad al cielo vuestras almas, envueltas en las nubes

de tiernas oraciones, y algún día
recojereis el fruto que sembraseis.
¿Quién de vosotros le dirá á la muerte:
tu presa no he de ser? ¿Podrá ninguno
de su fatal guadaña huir al golpe?»

¡Ay! nó; que atropellados van los días,
unos tras otros, en veloz carrera,
y es cada paso que en la vida damos
un paso hacia la muerte.

¿De qué sirven
la riqueza, la gloria, los honores,
si al caer en la tumba nos iguala
de la muerte el nivel? ¿Habrá quien pueda
decir: «El tiempo para mí no corre,
mi poderío atajará su paso
ó caerá rendido ante mi gloria?»

Mirad el panteón: eternos mármoles,
letras de oro, inscripciones encomiásticas,
una lista de títulos en ella;
estatuas y relieves, en que el arte
con el soplo divino de su aliento
bellezas derramó... ¡Cuánta hermosura!
y ¡cuánta vanidad eternizada!

Pero alzad esa losa, que el sepulcro,
pesada y fría, á vuestros ojos cierra;
levantadla y mirad:

¿Dónde está el cuerpo de exhuberantes formas, miembros fuertes y de belleza varonil, que un día capaz de soportar sobre sus brazos todo el peso del mundo, se juzgaba? Un poco de ceniza hay en el fondo del mármóreo sepulcro: eso es el hombre, un puñado de polvo miserable.

¡Ay! no pueden los mármoles durísimos la destructora mano de la muerte y del tiempo desviar. Todo es lo mismo: debajo de esa cruz tosca y sencilla, que una mano amorosa hincó en el suelo, ceniza sólo encontrareis: la muerte á todos igualmente nos consume.

Oremos, pues, que el són de la campana oraciones nos pide, suplicando por los seres que han muerto, y nos avisa que alzada está sobre nosotros mismos la espada de esa ley inexorable.

Oremos por los muertos, porque un día por nosotros también alguno eleve sus fervientes plegarias... Una lágrima derramemos también, porque otros ojos por nosotros sus lágrimas derramen.

¡Que feliz debe ser el que llegando al último momento de su vida, exhala su postrer suspiro y torna al seno del Señor!

¡Qué satisfecho
la tierra dejará el que tenga en ella
un sér querido, un corazón amante,
quien al pensar en él vierta,
quien plegarias dedique á su descanso,
quien recuerdos de él guarde en la memoria!

Dedicad á los muertos este dia,
porque tal vez el año venidero
por vosotros también rezará alguno...

Hoy de los muertos es el dia triste
y todo llora. El són de la campana,
que hiende el aire con sus tristes voces;
el cirio que en silencio se consume;
la flor que arrastra el cáliz por el suelo;
la moribunda luz del sol de Otoño
que con pálidos rayos nos alumbrá
todo diciendo está: *¡Paz á los muertos!*

1886.

LVII

EL DESEO

¡Suprema aspiración á lo infinito,
deseo eterno, que jamás te sacias
y al hombre lanzas al revuelto seno
del mar de la ambición! Le das riquezas,
le das gloria, saber y poderío,
y le dices después:

«No todo es esto:
aun puedes ser más rico, hay más tesoros
por nadie descubiertos; hay más lauros
y coronas, que nadie ha recojido;
en el inmenso campo de la ciencia
hay flores perfumadas, que los hombres
no arrancaron aún; hay más imperios
cuyo esplendente trono está vacío.

»Tú puedes poseer esos tesoros,
tu frente ceñirán esos laureles,
con esas flores puedes adornarte,
tú puedes sojuzgar esos imperios,

llegando así á la meta de la gloria,
y dominar en todo.»

Y marcha el hombre,
y llega hasta el extremo prefijado,
si antes la muerte el hilo de su vida
no corta sin piedad, y luego torna
el Deseo á decirle:

«Vé más lejos,
remonta el vuelo aun á mayor altura:
al cielo de la dicha no has llegado.»

Y corre el hombre, y corre enardecido:
el viento del afán su marcha aviva,
y á cada paso «¡más allá!» le dice
el Deseo insaciable.

Y, pobre ciego,
con ansia ardiente y corazón vacío,
el hombre corre más... y nunca llega
al punto que el Deseo le señala;
y vienen la razón y el desengaño
y «¡Pobre loco!—dicen—¿Llegar quieres
»áun más allá? ¿No adviertes que el camino
»es una imagen pura de lo eterno,
»de lo infinito, que jamás termina,
»y es la vida del hombre sólo un soplo
»si lo comparas con la eternidad?»

Y el hombre

pára su vuelo y hacia abajo mira
y comienza á dudar; pero el Deseo
le señala más bellos horizontes,
le entusiasma otra vez, y vuelve el loco
á oír la voz de «más allá», y prosigue
más afanoso, cada vez, su marcha.

1886.

LVIII

¿DE QUÉ HE DE HABLAR?

A mi buen amigo A. G.

Harto ya de pensamientos
que me tienen mojigato
dando quejas á los vientos,
voy á dedicarte un rato
mis trasnochados concientos.

Ya ves que vuelvo á cojer
mi lira, casi olvidada,
para darte el gran placer
de que tú puedas leer
versos, que no dicen nada.

No sé de qué te he de hablar
que sea exacto trasunto
de mi sentir y pensar,
—que en esto de versear
es necesario un asunto,—

y de tantísimas cosas
como llaman la atención,
ya serias ó ya jocosas,
no hallo más que ideas sosas
que sacar á colación.



¿De qué he de hablar, del amor?
Nó; que es, por cierto, un dolor
gastarse la inteligencia
en buscar con gran paciencia
si es virtud ó si es error.

Se cuentan cosas tan buenas
de los dichosos amores,
que son sus lazos, cadenas:
para unos pocos, de flores;
y para los más, de penas.

¿Quieres que hable de mujeres?
No te cuento por bendito.
¿Qué diré que no supieres
si sobre el sér de esos seres
hay tanto librote escrito?

¿De su belleza? En un brete,
por ser enigma profundo,
me pone: pues ya confundo

el ver tanto colorete
que caras cubre en el mundo,

si es la hermosura, real,
ó si no existe lo feo;
y en el orden natural,
si es la verdad lo que veo
ó producto artificial.

¿De la amistad? Dudaría
de ella, si dudar pudiera
del sentir del alma mia,
que hoy á escribirte me guía
esta carta chapucera.

¿De la gangrena social?
Lejos tal cosa de mí.
¿Quiérese estirpar el mal?
Pues principie cada cual
por ahuyentarlo de sí.

¿De la bondad? ¡Oh, Dios mío!
Tratar de ella bien pudiera
si yo, en verdad, no supiera
que navega en el vacío,
ó á lo más, en mi mollera.

¡Bondadoso! Fruta ó flor,
ó sea lo que se fuere,
que, apenas nacido, muere,

porque del mundo traidor
el sólo aliento le hiere.

Porque entre tanta perfidia
¿quién bondadoso se llama,
si ante el mundo que le aclama
el bisturí de la envidia
corta ronchas de su fama?

Ha llegado el interés
á suplir gloria y honor,
ya es cosa rara el rubor,
y, según tú mismo ves,
ya se cotiza el amor.

Ni la verdad ya se estila
ni el corazón se consulta,
y la justicia se oculta,
y un negocio se ventila
con la conciencia sepulta.

Hasta los que hacen la ley
estudian para burlarla,
para llegar con su charla
á enseñar luego á la grey
á huirla y menospreciarla.

¿De qué hablaré? ¿De qué en fin
que sea bueno ó mediano,
si con la pluma en la mano

doy vueltas á mi majín,
siendo mi deseo, vano?

¿De algo que indique experiencia
en lo corto de mi vida,
en una parte perdida
luchando por la existencia
con ciencia nunca aprendida?

De nada, sí; pues que todo
vemos que, ó se cifra en nada
ó en luto, miseria y lodo...

.....
Y así, mira de qué modo
ha dado fin mi jornada.

1884.

LIX

TRAFALGAR

Amaneció. Del sol el primer rayo
llenó de luz el mar, y al mismo tiempo
como si la señal los cielos diesen
del combate, tronaron los cañones
y ambas escuadras á encontrarse fueron.

Trábase la batalla; el fuego empieza,
y cada buque es un volcán; las balas,
veloces como el rayo, el aire cruzan,
y rompen cuanto encuentran á su paso,
y siembran el espanto y siembran muertes;
á cada cañonazo ¡ayes! responden
de venganza, de rabia y de agonía.

Las naves chocan y las tablas crujen;
enrojecido el mar por tanta sangre
vertida ya, se encrespa y se estremece;
el humo del cañón se estiende en nubes,
que la batalla esconden con su manto;
nubes de tempestad cubren los cielos,
el huracán las lleva y las empuja,

y el trueno inmenso del cañón potente,
que nunca acaba, los espacios llena.

¡Día de luto y gloria para España!
No hay ningún español, que al recordarte
no sienta el corazón lleno de orgullo,
y al mismo tiempo de dolor herida
no llore su alma.

Las potentes naves
que Inglaterra aprestó, las vencedoras
en cien combates, de los mares dueñas,
tres veces se arrojaron, asombradas,
al ver tanto tesón, sobre los buques
que enarbolaban la española enseña,
y cada vez quedaban rechazadas,
sin conseguir romper el fuerte muro
de la armada española.

Del combate
la victoria ninguno recojía...

Redoblan su furor los combatientes;
de sangre, enrojecidas ya, las olas,
y de muertos y heridos van cubiertas,
admiradas al ver tan rudo estrago,
y al mismo tiempo que el incendio estalla,
rompe la tempestad: de los cañones,
responden, al horrísono estampido,

los pavorosos truenos; las centellas,
cual látigos de fuego el aire encienden
y cruzan, con las bombas, el espacio.

¿Quién pintará el horror de la batalla?
ni la lira más fuerte la podría,
sin romperse, cantar.

La suerte, adversa
fué para España; sus heróicos hijos
con la vida pagaron su bravura,
y allí murió Gravina, allí Castaños;
allí Moyua y Cisneros sucumbieron;
allí Churruca, herido, con su nave
desbarata las filas adversarias,
y manda que enarboleen su bandera
en lo más alto del erguido mástil,
al hundirse el navío, porque flote
el pabellón de España, sin rendirse,
mientras quede una astilla de su nave.

¡Oh, nobles hijos de la heróica España!
los que á pesar de la contraria suerte
os ceñisteis el lauro de la gloria
y fuisteis muertos, sí, mas nó humillados,
descansad en el fondo de los mares,
grandiosa sepultura del marino,
que la Fama, en el libro de la Historia,
con letras de oro, orladas de laureles,

escribió vuestros hechos asombrosos
y enalteció á la Patria en vuestros nombres.

¿Qué acciones celebradas, á las vuestras
compararse podrán?

¿Hay algún pueblo,
cuyos hijos, por héroes coronados,
dén páginas de gloria á los anales
de su patria en desgracias y en derrotas?

Solamente es España, nuestra madre,
esa Esparta moderna, esa invencible
cuanto infeliz nación, la que en sus glorias
cuenta las ruinas de la gran Numancia;
de ia invicta Sagunto, las cenizas;
los sitios de la heróica Zaragoza...
y ¿á qué citar más nombres, si las páginas
de la Historia del mundo se ven llenas
de jornadas gloriosas de los héroes
de ese pueblo español, nunca rendido?



¡Olas del mar! venid, besad las playas
de esta tierra española, murmurando
los nombres de los héroes, que en el fondo
del abismo sin fin, en paz reposan,
para que no haya un español, siquiera,
que los deje en olvido ó los ignore...

Y á mí dadme la lira de Tirteo,
para ensalzar la gloria de este día,
y haré sonar mi voz por todo el orbe,
y llenaré los corazones todos
de admiración hacia mi noble patria,
de *Trafalgar*, cantando la derrota.

1886.

LX

Cubridme de laureles, sacras Musas;
con guirnaldas de rosas y jazmines
venid á ornar mi sién; llevadme al templo
de la Fama, y grabad, en áureas letras,
mi nombre, en los anales de la gloria;
llenadme de riqueza; Apolo vibre
las cuerdas de su lira en honor mío;
las diosas, en tropel, de los placeres
presenten á mi labio la ancha copa,
de delicias y goces rebosando;
alzadme en el Empíreo una morada
que maravilla de las Artes sea,
é igualadme á los dioses soberanos
haciendo que no pase por mí el tiempo...

Pero negadme de mi dulce amada
el tierno amor, veladme de sus ojos
la hermosa luz, de su carmínea boca
la graciosa sonrisa, y el perfume
que su fácil aliento en torno esparce,
y romperé las cuerdas de mi lira;
mi sién despojaré de eternos lauros;

deshojaré las rosas y jazmines
con que ornasteis mi frente, sacras Musas,
que sin mi amada, ni la gloria es gloria
ni el placer es placer,

Una cabaña
de toscas piedras y menguado techo
con un modesto ajuar, del suelo patrio
bajo el hermoso suelo, edificada,
junto á las playas de menuda arena,
que el mar Mediterráneo, mansamente,
con pacíficas olas acaricia,
dadme, y el canto de mi lira ruda,
suave ensalzará de amor las glorias,
el alma mía tenderá su vuelo,
la inspiración inundará mi frente
con su aureola de esplendentes rayos,
si de mi bella amada me acompaña
la hermosura sin par, si de su acento
el timbre angelical suena en mi oído,
si las miradas de sus dulces ojos,
si las sonrisas de sus frescos labios
iluminan las sombras de mi vida;
que no hay gloria, placeres ni ventura
sin el amor de la mujer querida.

1886.

LXI

¿Sabes, aquella rosa que me diste,
en prueba de tu amor?
Por que no se secase, la llevaba
aquí, en mi corazón.

Al contacto de prenda tan querida,
el fuego del amor
encandesció mi pecho, y al instante
la rosa se secó.



¡Cuántas veces las cosas mas amadas,
por nuestra irreflexión,
de la pasión el fuego las marchita
como á la pobre flor!

1886.

LXII

EPITALAMIO

ã mi buen amigo D. Antonio Cardona y Cardona

Al fin, aherrojado en las floridas cadenas del amor, mi buen amigo, vas á perder las grandes libertades del gremio solteril, del cual soy miembro, bien sabeis Dios y tú, con qué disgusto.

Sí, porque cuento las benditas horas, que he de pasar en tan penoso estado, por larguísimos siglos, y la envidia, al contemplar el gozo que te inunda y retoza en tu cuerpo, me consume.

Te envidio, sí, conozco mi flaqueza; pero la envidia que te tengo es noble, es inocente, leal y generosa.

Yo, amado y buen amigo, no deseo otra cosa, sino llegar al punto á que has llegado tú: nó que tú seas como yo, sino hallarme yo en tu caso. Juzga, pues, esta envidia: si no es noble no la hay más inocente en este mundo.

¡Ay! goza tú de los felices dias que teje para ti el tiempo incansable, ya que el amor y la ventura llenan de luz tu porvenir, como la aurora con sus rayos disipa las tinieblas.

Y en las frias veladas del invierno, cuando al amor de bienhechora lumbre, junto á tu esposa amante, recordando vayas los dias tristes y aburridos, que aterido pasaste, en otro tiempo, cansado y solo, mal leyendo libros, oyendo el gotear de las canales que salir á la calle te impedían; tu dicha aumentarán esos recuerdos, y aunque alguna sonrisa al labio asome, pensando en las perdidas libertades, bendecirás gozoso las cadenas que te atan al deber, mi buen amigo.

Y piensa en este pobre chico, entonces, que aunque el amor en él vive y alienta, solitario, cual tú te hallaste un dia,

libros hojea y á las Musas pide
que le soplen ideas al oído
para verterlas en cansados versos.

Piensa que juntó á inanimada mesa,
donde en revuelta confusión se miran
papeles, libros, plumas y un tintero
en que el arte jamás dejó su huella,
oigo silbar el viento, y de la lluvia
el monótono són sólo acompaña
del corazón ansioso los latidos,
sin otro corazón puro y amante
que al unísono cante el himno sacro,
que al dulce y tierno amor, los corazones
que aman en paz y satisfechos, cantan.

Disfruta en paz de tu feliz estado:
ni desgracias ni penas te atormenten,
que yo le pido á Dios, ya que otra cosa
no puedo hacer por tí, que tu existencia,
la de tu bella esposa y de los hijos
que llegues á tener, dichosas sean.

1886.

LXIII

¡Qué hermosa estás vestida, así, de luto!
Ese pálido mate de tu rostro,
sobre el negro vestido con que ocultas
tus bellísimas formas, resaltando,
te asemeja á la luna misteriosa
cuando su luz opaca nos envía
envuelta entre las gasas de la noche.

Negro es tu trage, como el mar inmenso
en noche borrascosa; mas tus ojos,
como faros de amor y de esperanza,
su luz arrojan, y la débil nave
del alma mía, sin temer las olas
ni los contrarios vientos, vuela, vuela,
para impregnarse de esa luz diáfana.

¿Por qué será que mientras yo, sufriendo,
miro sin gozo transcurrir los días,
la risa no se aparta de tus labios
y la dicha en tu rostro resplandece?

Negro es tu trage, cual mis grandes penas;
¡ay! de luto vestido va tu cuerpo

y llevas en el alma la alegría;
y yo, vestido de color alegre,
el alma llevo triste y enlutada.

Yo, la tristeza que te falta, siento,
y tú vistes las gasas que debieran
cubrir mi cuerpo: así nos completamos:
tú, llevando mi luto; y yo, tus penas.

1886.

LXIV

A LA MUERTE DE QUINTANA ^(^a)

¿Por qué, sublime Musa de la Patria,
destrenzada la undosa cabellera,
bajas los ojos, y la faz escondes?

De tus mejillas el color rosado
huyó, y la triste palidez envuelve
tu rostro, bello, cual la luz del día.

Vestida vas de luto, como el alma
que atormenta el dolor; en tu regazo
mudas están las cuerdas de tu lira...

(^a) D. Manuel José Quintana, el gran poeta lírico español, floreció á principios del presente siglo. Publicó obras en prosa y en verso, unas y otras tan bien acabadas, que ha merecido ser llamado el Píndaro y Plutarco español. Fué el cantor de la Patria y de la libertad, y alcanzó la gloria de ser coronado en vida en el Senado de la nación. Nació en 1772 y murió en 1857.

¿Qué tienes, Musa de mi noble Patria?
¿Por qué lloras? ¿Por qué no das al viento
del patriótico cántico las voces?



Alta la frente, en tus serenos ojos
brillaba el entusiasmo y la entereza;
del santo amor por nuestra amada Patria,
el fuego en los hispanos corazones
encendían tus himnos, y en raudales
de enérgicos y hermosos pensamientos,
en brillantes estrofas engarzados,
latir al corazón con fuerza hacías,
al cantar nuestras glorias; los combates,
en que salió flotando victoriosa,
inmaculada y libre nuestra enseña;
de la sagrada libertad del hombre
los gloriosos anales, y el ardiente
amor hacia la santa independencia,
que siente el pueblo de la heróica España...



Muerta la luz de tus hermosos ojos,
nublada y triste la serena frente,
despojado de galas el vestido,
destrenzada la undosa cabellera,
de tus sienes arrancas la corona
de glorioso laurel, y de tu lira
las vibradoras cuerdas enmudecen...

¿Por qué tanto dolor?

—¿No lleva el viento
del toque funeral de las campanas,
los tristísimos sonos á tu oído?

—dice la Musa; sus llorosos ojos
el llanto acerbo del dolor derraman,
y añade con acento dolorido:

—¡Contempla mi aflicción, Quintana ha muerto
y se lleva al sepulcro... nó, á la gloria
el cántico postrero de mi lira!

1886.

LXV

LA LUNA

Del sol, oculto ya en el horizonte,
tiñe, el último rayo, el firmamento
con rosáceos colores; aparece
el hermoso lucero de la noche;
de la campana el último sonido,
al anunciar la dulce *Ave María*,
aun vibra en el espacio, y cual si fuesen
por los graves tañidos evocadas,
avanzan silenciosas las tinieblas
envolviendo la tierra con su manto.

Pára la brisa el vuelo; de los árboles
el susurro no se oye; de la playa
calla el rumor de besos, que las olas,
al saltar por la arena, producían;
cierra la flor adormecida, el cáliz;
el ave esconde el pico bajo el ala:
y aparecen brillando las estrellas
sobre el fondo oscurísimo del cielo.

¡Qué hermosa está la noche! Como viuda que luto viste, entristecida envuelve con negrísimas gasas el espacio...

Mas silencio, silencio; de la luna el disco melancólico, aparece, y el mar platea con su luz hermosa. ¡Vedla elevarse majestuosa y bella! ¡Con qué solemnidad el astro avanza! Es que lleva el conjunto de oraciones que envía á Dios la gratitud humana.

1886.

LXVI

EL SOL

Todo yace en silencio, todo en sombras;
la luna se perdió en el firmamento;
las estrellas su luz van apagando;
la oscuridad va haciéndose más densa...

De pronto, el toque de ánimas se escucha,
llamando á la oración; la voz sonora
de la campana, los espacios hiende;
la brisa, que dormía entre las ramas,
mueve las hojas y del mar inquieta
la inmensa y adormida superficie;
aletean las aves en sus nidos
del sueño despertando; de la playa
van á besar la arena las olitas;
del gallo se oye el canto penetrante;
el mar y el cielo de color rosado,
como el rubor de la inocente virgen,
se tornan...

Aleteo de oraciones,
rumorcillo de besos y sonrisas,

confusa vibración de sonos varios,
que apenas se distinguen; en el aire
palpitan, vuelan, vibran... todo anuncia
el despertar del sueño de la tierra
que abre los ojos al naciente día.



¡Oh luz! Tú eres la vida, el movimiento,
la hermosura, la gloria, la esperanza;
sin ti no existiría la belleza...
tú el corazón entristecido inundas
de alegría sin fin; tú de las almas
destierras la fatal melancolía.



La tierra, alborozada, se estremece;
los confusos rumores se acentúan;
las aves cantan sus gozosos trinos;
las olas besan la arenosa playa;
abren las flores sus hermosos pétalos
y saturan el aire de perfumes.

Y entre sonrisas, cánticos, rumores,
perfumes, besos y oraciones santas,
muestra su faz risueña y esplendente,
foco inmenso de luz y de hermosura,
el astro-rey, que majestuoso avanza.

LXVII

GIBRALTAR

En tu bandera tienes, Patria mía,
sólo una mancha que tu gloria afea,
y es tiempo ya de que esa mancha laves,
que ese negro borrón desaparezca,
si quieres que triunfante y libre luzca
como un día lució sobre la tierra.

Hay un pedazo de tu suelo hermoso
en donde nunca tu pendón ondea,
en donde flota, cual sangriento escarnio,
el nacional escudo de Inglaterra.

Es un peñón que el mar de España azota,
que azota, sí; pero que nunca besa,
como diciendo á la española gente:

«¡Todavía mis aguas colorea
la sangre de Gravina y de Churruca!
Y ved, que al tremolar esa bandera,

por el viento furioso combatida,
con ironía á la batalla os reta,
y cada ondulación que da á los aires
es un pregón que canta vuestra mengua,
y es una mano, que de vuestros héroes
la sagrada memoria, abofetea!



Tienes razón ¡oh mar! gloriosa tumba
de los héroes más grandes de la tierra,
que en Trafalgar, Lepanto y El Callao
la muerte hallaron y la gloria eterna.

Mas no es su sangre, nó, la que tus olas,
después de tantos años, colorea,
sino que en tierra de su amada Patria
ven que el pendón inglés en paz se eleva,
sabiendo que sus hijos y sus nietos
pueden mirar apáticos tal mengua,
y, aunque muertos tus aguas enrojecen
con el vivo color de la vergüenza.



Venid, venid los que ceñís el lauro
y la lira pulsais de los poetas;
venid, los que del cielo recibisteis,
cual preciado tesoro, la elocuencia,
y arrebatáis las almas con el fuego

que da la inspiración á vuestra lengua;
venid, los que teneis presa en la mente
del humano saber la luz inmensa,
los que regís con mano poderosa
los destinos de España, la guerrera,
la que un dia estendió su cetro de oro
y dominó con él la absorta tierra...

Venid, venid; decidme por qué callan
de la lira patriótica las cuerdas;
por qué no afluye la palabra al labio
excitando á lavar tamaña afrenta.

Venid, venid; decidme qué habeis hecho
para que ese peñón á España vuelva,
para que cobre su esplendor antiguo
de nuestra Patria la manchada enseña;
para lavar ese baldón sangriento
que llena á España de ignominia eterna;
para romper en débiles astillas
el asta que sostiene esa bandera,
que mancha nuestro nombre y nuestra Historia
y que nuestra mejilla abofetea:

Llorar como las débiles mujeres
de la España infeliz la decadencia;
recordar nuestras glorias de otros dias
con frases armoniosas, pero huecas;
hacer y deshacer siempre proyectos;
no realizar jamás ninguna empresa;

batallar con ardor, por nimiedades,
derrochando caudales de elocuencia;
pasar el tiempo en discutir programas
y criticar lo que el contrario piensa,
con esa eterna lucha de chiquillos
en que se pierde el tiempo y la paciencia...

¡Y en tanto el pabellón inglés tremola
sobre un pedazo de española tierra!

1886.

LXIX

LOS QUIJOTES

A mi buen amigo el poeta D. Bernardo Fábregues

¿De qué sirve, que un día y otro día,
del corazón y del majín sacando
vayamos, sentimiento y poesía,

y en difíciles versos agotando
del estudio cansado todo el jugo
que fuimos poco á poco acaparando?

¿De qué el ingenio con que á Dios le plugo
dotarnos, y el deseo generoso
de sacudir del vicio el torpe yugo?

¿De qué el aliento noble y vigoroso
de calmar el dolor del oprimido
que esclaviza el tirano poderoso;

de remediar al pobre, al desvalido,
y cubrir de semillas los desiertos,
y el llanto consolar del aflijido?

Somos Quijotes, nó mentidos, ciertos;
que marchamos á caza de *follones*
para enmendar y *desfacer entuertos*

y limpiar este mundo de bribones,
con una pluma por tajante espada
y por caballo, un mundo de ilusiones.

También tenemos nuestra dulce amada,
nuestra *sin par hermosa Dulcinea*,
ideal de nuestra alma enamorada,

perfecta, y como Venus Citherea,
en los abismos de la mar nacida,
formada en los abismos de la idea.

Mas ¡ay! que á nuestra voz, jamás oída,
el eco le responde del desprecio,
y sigue la virtud desconocida.

Y á nuestra aspiración se le da el precio,
pues siempre el mundo marcha hacia *adelante*,
que se dió en otro tiempo al noble *andante*:
exclamar «¡pobre loco!» ó «¡pobre necio!»

CUANDO NACISTE

Tú me dirás que miento como un chino,
que soy un serenísimo embustero;
pero yo te sostengo, amada mía,
que es muy cierto, y que tú no lo recuerdas
porque eras tan chiquita...!

Oye la historia
y después ya veremos si es mentira:



Andaba Dios muy serio y pensativo
—¡perdón por mi tonillo irreverente!—
desde algún tiempo atrás; sin duda alguna
era el caso enredado y peliagudo,
¡porque mira que estar Dios de ese modo...!
Con las manos cogidas á la espalda

paseábase solo por el cielo;
alguna vez paraba su camino,
murmuraba, apretábase la frente
con el índice... en fin, cosa de cuenta
llevaba al gran Señor atareado.

Al fin, amaneció un día precioso,
sin neblina, y sin nubes que enturbiasen
la tersura magnífica del cielo,
y Dios exclamó: *¡Fiat!* y tú entónces
apareciste ante él, pero sin vida.

Dios, al punto, cuajó la luz rosada
de la aurora y con ella hizo tus labios,
después la luz del sol puso en tus ojos,
luego el soplo divino de su aliento
de vida te llenó, besó tu frente
y al mundo te envió, para que fueras
la dulce compañera de mi vida.

Y escucha, pues no acaba aquí la historia:
los ángeles, que el caso presenciaron,
pasmados al mirar tanta hermosura,
murmuraban de Dios, quedo, muy quedo,
como hacen los muchachos en la escuela,
y llorando y haciendo pucheritos,
uno á otro, al oído se decían:
«¿Por qué el Padre ha creado aquel hermano,
tan bello y tan gracioso, y nos lo quita?»

LXXI

No sé porqué, alma mía,
cuando tus ojos lloran
siento angustia indecible, y en mi alma
se apaga la luz y avanzan las sombras.



No sé por qué, bien mio,
cuando en tus ojos brilla
el gozo, huyen las sombras de mi alma
y la luz de los cielos me ilumina.



¡Ah! ya lo sé: en tus ojos
está la luz de mi alma...
el contento es un cielo sin neblinas
y negrísimas nubes son las lágrimas.



Mas si alguna vez sientes
el pecho lacerado,
¡oh! vén á mí para encontrar consuelo....
enjugarán tus lágrimas mis labios.

1886.

LXXII

EL INVIERNO

A mi querida tía D.^a Ana Pablo

Del árbol van cayendo
las amarillas hojas,
como caen al paso de los años,
una por una, las mundanas glorias.



Huyendo de los frios
se van las golondrinas,
como se van las dulces ilusiones
del corazón, que el desengaño mina.



Del campo, antes tan bello,
se ven las plantas, secas;

desierto está, como las tristes almas
que sin amor agotan su existencia.



Del claro sol apagan
nubes, la luz hermosa,
como apaga las luces de sus ojos
con lágrimas acerbas el que llora.



¡Qué triste es el invierno!
Paréceme que lágrimas
son las frías gotitas de la lluvia
y los copos de nieve y de la escarcha.



Del duelo y de la muerte
retrato es el invierno;
es imagen del alma que agoniza,
que llora y gime sin hallar consuelo.

1886.

LXXIII

¿A LA MEMORIA

DEL POETA

VENTURA RUIZ AGUILERA

Hay en mi pueblo, en la infantil escuela
donde aprendí á leer, un pobre armario,
y en él, formados en correcta fila,
un centenar ó poco más de libros.

Del gobierno español es un regalo,
que aunque mezquino y pobre, conceptúo
que por ser de lo que es, ya es más que bueno.

Descansan allí en paz, yacen inmóviles,
sin que nadie los saque de su tumba,
—que tal parece el susodicho armario,—
y dé un vistazo á sus unidas páginas,
casi todas aún vírgenes, pues nunca
ojos humanos á explorarlas fueron.

*
* *

Era muy niño aún: sabía apenas deletrear de corrido y con soltura: á leer un poquillo aficionado vióme el maestro de primeras letras y puso un día un libro ante mis ojos, de aquellos que en la tumba reposaban.

Uno tras otro, devoré hasta cuatro todos del mismo autor, *Ruiz Aguilera*, cuyos cantares, himnos y elegías se grabaron en mí, y me inocularon ese cariño inmenso hácia mi Patria que nada basta á desterrar del pecho.

Me entusiasmé al leer esas poesías sencillas, armoniosas, que del alma hasta el fondo penetran, rebosando ideas nobles, puros sentimientos; que de galas efímeras carecen, porque no necesitan la belleza de triviales afeites y atavíos; que llevan la modestia y la ternura y hacen amar, creer, y de esperanza los corazones y las almas llenan.

Aquellas fueron las primeras voces que llamaron á mi alma, para hacerme sentir la inspiracion; fueron las Musas, que me hicieron cantar, los dulces versos del gran poeta cuya muerte lloran el arte, la virtud y nuestra Patria.



Hará seis años. Era yo un chiquillo,
pero sabía ya sentir muy hondo;
empezaba á versear, y, medio lelo,
codiciaba el renombre de poeta.

Un dia tropecé con un periódico,
y en él ví la tristísima noticia
de que el buen *Aguilera* habia muerto;
y lleno de pesar, como si fuese
mi fiel amigo ó mi maestro amado
le lloré con el alma.



La lectura

siempre fué mi delicia, y la poesía
rindió mi voluntad; en los tesoros
de belleza, ternura y sentimiento
de la Musa española, me engolfaba,
rebuscando las joyas más hermosas,
para nutrir mi espíritu de ideas
y conocer á fondo ese lenguaje
«que es el único que usan en el cielo,
si es que se emplea alguno en las alturas.»

Pero jamás vertí las tiernas lágrimas
que me hicieron verter los dulces versos
del gran poeta, cuya muerte lloro;
cuyas ideas en mi mente viven
y el corazón me llenan de esperanza;
de ese AGUILERA, que me abrió las puertas
de la sacra y hermosa Poesía;

que en mí sembró el amor hácia la Patria,
y al cual dedico, como fiel tributo
de admiración á sus sublimes versos,
esta sencilla flor, que de mi alma
brota, al calor de un infantil recuerdo.

1886.

LXXIII

Cuando furiosa estalla la tormenta,
y al calor de la lumbre bienhechora
gozando estais en santa paz, la dicha
de descansar del ímprobo trabajo,
de vuestro hogar bajo el amado techo;
al veros rodeados de los seres
que sangre son de vuestra misma sangre,
á cada trueno que el espacio asorda,
á cada rayo que los aires hiende
y os deja ver tan sólo su reflejo;
al contínuo bramido de las ondas;
al silbar penetrante del furioso
y terrible huracán, una plegaria
alzad á Dios, rogando por los pobres
que en ese instante con las ondas luchan....

Cuando mireis vuestros pequeños hijos
que oyen los cuentos de la anciana abuela
felices, escuchándola embobados,
sin que el viento, la nieve, ni la lluvia,
hielen sus manos y su cara azoten;
en los hijos pensad del marinero

que esperan á la orilla de la playa
la barca de su padre, que no vuelve....

Mirad á vuestra esposa, que en sus ojos
muestra el gozo que da la paz del alma,
porque os tiene á su lado y ve á sus hijos
reír, embelesados, por los cuentos
que salen de los labios de la anciana;
miradla, sin angustia, sin cuidados,
cosiendo ó remendando alguna ropa
bajo la luz que á todos ilumina,
dejando aquí una sombra, allá un reflejo....

Miradla, y contemplad vuestra ventura,
mientras la lluvia azota los cristales,
y brama el mar con sus gigantes olas,
y el viento con furor, pasa, arrancando
cuanto á su paso encuentra de inseguro
ó troncha de los árboles vecinos
alguna que otra rama, y en las nubes
retumba el trueno que el espacio asorda,
y la eléctrica chispa resplandece
en medio de espesísimas tinieblas...

En la esposa, pensad, del marinero,
que salió con su bote y nunca vuelve,
que fué á buscar, entre las fieras olas,
el pan de su mujer y de sus hijos,
luz y calor para su hogar amado;
y que entonces, perdida su esperanza,

juguete de los vientos su barquilla,
contra el mar lucha con valiente brazo,
y ¡pobre padre! á sus hijuelos llama,
sin que á sus voces ni una voz responda,
pues sus gritos de angustia, los ruidos
de la furiosa tempestad, apagan.

Orad entonces; elevad al cielo
una plegaria por los pobres náufragos
de esas noches terribles; y si llegan,
al otro día, sus pequeños hijos,
pidiéndooos un vestido ó una limosna,
dadles cuanto tengais, para que un día
os recompense Dios, dándoos la gloria.

1886.

La Limosna

POEMITO

LA LIMOSNA

POEMITO

A D.^a Esperanza Vidal y Pujol

I

DAD al que es pobre y necesita alivio
si quereis ser felices en la tierra;
si deseais que cual tesoro inmenso,
la paz de Dios en vuestra casa sea,
el huérfano, el mendigo, el desgraciado,
jamás cerradas hallen vuestras puertas;
sea el timbre mejor de vuestras glorias
el llanto consolar de la miseria.

Haced el bien: derrame vuestra mano
flores de amor, mientras sigais la senda
que Dios os marca, y hallareis un día,

por cada hoja del bien que repartiérais,
todo un jardín de goces y venturas
que el Señor os dará por recompensa.

II

Yo conocí, otro tiempo, á un noble anciano
que una vez me contó su vida entera:

Aún muy joven se halló solo en el mundo:
era libre; nadaba en la opulencia;
educado entre gente poderosa,
no tenía noción de la pobreza;
de la virtud, por un fatal descuido,
tampoco le guiaron, por la senda,
y al verse rico en oro y en pasiones,
de amigos se cercó que le instruyeran
en el arte de echar, en poco tiempo,
en el fango del vicio sus riquezas.

Se encenagó, por fin, y entre placeres,
entre *amigos* y torpes mujerzuelas,
ávido de emociones relajadas,
gran parte consumió de su existencia.

III

Llegó á ser uno de esos monos sabios
que montan un caballo á la alta escuela;
que le tienen horror al matrimonio
y en *mujeres* se gastan una herencia;
que nada son jamás, ni saben nada;

que charlan mucho, pero nada piensan;
que tiran al florete, que da gusto,
y no saben cojer la pluma, apenas;
que hablan todas las lenguas de la Europa
y casi no conocen la materna...

IV

Creía á la mujer un instrumento
que proporciona dichas pasajeras,
é insultando el recuerdo de su madre,
á todas las juzgó de una manera:
corrompidas, venales y viciosas,
ni una había, para él, pura y honesta.

El amor, esa llama siempre viva
que es un destello de la luz eterna
del grande y dulce amor de Dios, cerradas
del corazón del mozo halló las puertas.

V

¡Ay! ¿Qué puede brotar de un campo estéril
en donde el casto, el puro amor no encierra
semillas de virtud? Son los consejos,
las lecciones, caricias y ternezas
de la santa mujer que nos dió vida,
los que de abrojos limpian la carrera
que debemos seguir. Son los afanes,
las delicias, los goces y las penas,
que da el amor de la mujer querida,

lluvia de sentimiento que la riega;
y el presentido y dulce amor de padre
granos del bien en nuestras almas siembra.

Si no sentimos por nosotros mismos;
si no tenemos del amor conciencia;
si por seres amados no lloramos
¿cómo sufrir por la desgracia ajena?

VI

Así, pues, de aquel hombre libertino,
en quien solo reinaba la cabeza,
el corazón latía por costumbre;
jamás sintió alegrías verdaderas;
su vida fué una risa insulsa y loca,
que convirtió su corazón en piedra,
secando en él, el puro sentimiento
que alza á los hombres del nivel de bestias.

VII

¡Pobre del corazón que no ha vertido
ni lágrimas de amor, ni de tristeza,
y qué bien aquilata una alegría
el que bebió en el cáliz de las penas!

VIII

Èl buscaba la dicha, y de la dicha
no es la del vicio, la segura senda;
no dan la paz al alma los placeres,

que sí la ajitan, pero nó la llenan;
él la buscaba en el inmundo goce
y siempre su alma se ajitó sedienta;
siempre tenía el corazón vacío...
¡jamás iba á llenarlo una acción buena!

IX

¡Ay de quien busca del sentido el goce
y al alma sola y olvidada deja!
Halla emociones, sí, que le embriagan;
pero son emociones pasajeras;
que duran un instante y luego mueren;
que tienen fin, cuando á existir empiezan,
cual fúlgidos relámpagos que aclaran,
por un solo momento, las tinieblas.

X

Alma extraviada, la del pobre mozo,
era, si; mas no fué nunca perversa;
y por esto el Señor, compadecido,
quiso apartarle de la errada senda,
y le apartó. Ved como fué.

XI

Una noche
oscura, fría, y, como el mal, siniestra,
en la que el cierzo y la llovizna helaban
la roja sangre en las hinchadas venas,
salía nuestro mozo de un garito

donde perdió, moneda, tras moneda,
una gran cantidad.

El soplo helado
del viento, que al salir le acometiera,
su frente serenó, turbada y loca,
y el volcán apagó de las ideas
que en desórden quemaban su cerebro
y á la razón hacían jugarretas.

Pensando andaba el pobre mozo en cosas
que bullían, sin duda, en su cabeza:
tal vez en la jornada de la noche
ó en alguna asombrosa y alta empresa,
que le llevara á hacer una conquista
de tal cual diosa de sin par belleza
y de flaca virtud, cuando de un niño
oye la voz angelical y tierna,
que le dice: «Señor, una limosna
para mi pobre madre que está enferma.»

XII

Como un rayo de luz del sol se filtra
á traves de la nube oscura y densa
y va á llenar de vida y hermosura
el suelo antes envuelto en las tinieblas;
así llegó hasta el corazón del mozo
aquella voz angelical y tierna;
y en él sonó tan triste y angustiada,
como el doblar de la campana, suena,

en el alma de aquellos que han perdido algún ser que su dicha y gloria fuera.

XIII

Y así me dijo el noble anciano:— «El niño sollozaba, temblando en mi presencia, y limpiaba sus ojos con la mano.

A la luz de un farol, de luz intensa, ví su andrajoso trage, ví su gorra, sus piés descalzos, sus desnudas piernas; ví sus ojos, que el llanto enrojecía, y ví su cara celestial y bella, y aquel conjunto de hermosura y gracia, de llanto, desventura y de miseria, hirió del corazón alguna fibra, llamó de mi alma á la cerrada puerta.

XIV

—«¿No tienes frio?—preguntéle, viendo al aire libre sus desnudas piernas y sus descalzos piés hollar inmóviles el agua que corria por la acera.

—Sí, señor; mucho.—¿Mucho, y vas andando por las calles, descalzo y en pernetas?

—Es que no tengo botas... y mi madre no puede ir á comprarlas á la tienda.

—Por qué?—Porque no tiene ya mas cuartos.

¡Mi madre y yo pasamos más miseria...!

Ella hace días que no come. Dice

que no puede comer, porque está enferma,
y á mí me da los cuartos que recojo
para que compre pan... yo como, y ella
dice que con beber sus mismas lágrimas
y verme á mí contento, se alimenta.
Hoy no he comido: todo el día busco
y no me ha dado nadie una moneda.»

V X

«No sé qué me pasó;—prosiguió el viejo—
jamás supe lo que era la pobreza,
no tenía noción de la desgracia;
pero al oír la vocecita aquella
que con tal sencillez me iba pintando
cuadro tan fiel de la fatal miseria,
sentí ansia de hacer que concluyesen
las lágrimas del niño y de la enferma.

«Comprendí que aquel oro que yo echaba,
sin tón ni són, en mis continuas fiestas,
podría remediar muchos dolores,
podría consolar muchas tristezas,
y aquí, en el corazón, sentí tal frío,
mi conducta me dió tanta vergüenza,
que resolví, por aquel tierno infante,
y por su madre, hacer cuanto pudiera.

«¡La compasión llamó fuerte en mi alma!
¡La caridad entraba en mi conciencia!»

XVI

«El niño me guió.

Por una calle,
tortuosa, oscura, desigual y estrecha,
nos metimos los dos. Luego subimos,
cojidos de la mano, una escalera
de infinitos peldaños; empujamos
débil, podrida y desgoznada puerta,
y entramos en un cuarto, que alumbraba
una mohosa y triste candileja;
cuya luz vacilante y moribunda,
brillaba allí, cual solitaria estrella
sobre el oscuro fondo de los cielos.

«El pausado rumor de una gotera
el silencio, turbaba de la estancia,
cuyos muebles formaban una mesa,
una estampa de Cristo en un cuadro,
una silla, muy rota ya, de enea,
y un jergón, en el cual echada estaba,
según supe después, la triste enferma.»

XVII

—«¡Madre! el niño gritó.—¿Qué quieres hijo?
—dijo la pobre, irguiendo la cabeza.
—Perdone V., señora:—exclamé entonces,
y acerqueme, transido ya de pena,
á la pobre mujer—sé la desgracia
que á V. la aflige, y vengo á protegerla.

Me ha dicho el niño que teniais hambre,
me ha contado que estabais muy enferma,
he sentido interés por consolaros,
y vengo á remediar vuestra miseria.

—Gracias, señor;—me dijo—muchas gracias.
Yo siento que la muerte se me acerca:
para mí será vano vuestro alivio,
pero la vida dejaré, contenta,
si haceis por mi hijo que no muera de hambre
ó que no sea un vil...

—¡Oh! Me da pena
que tal digais, señora; yo no puedo
consentir que murais en la miseria...

—Todo es inútil... De mi pobre niño
tened piedad, y si al dejar la tierra
al cielo subo, pasaré esa vida,
esa otra vida celestial y eterna,
rogando á Dios que os colme de ventura
y aparte la maldad de vuestra senda.

Y tú, hijo mio, vén; tu madre muere.
¿Ves esta boca casi helada? Bésala.
Piensa en mí y ama á Dios, no seas malo;
si te acuerdas de mí alguna vez, reza,
y tenle á este señor, que nos ofrece
dulce consuelo, gratitud inmensa:
dame otro beso, así, y vos, caballero,
la paz de Dios en vuestra casa sea.»

.....
«Dijo así mujer, tendió su cuerpo
en el pobre jergón, y quedó muerta.»

XVIII

«Yo sentí frío, angustia indescriptible;
luego siento algo que mis ojos quema;
anúdase la voz en mi garganta;
algo caliente de mis ojos rueda
y baña mis mejillas; las enjugo...
¡aquella fué mi lágrima primera!»

XIX

¡El llanto! Para el alma dolorida
bálsamo dulce, que su mal consuela;
tesoro inapreciable en la amargura
¡ay, de aquel que no guarda su riqueza!
¡Pobre del hombre que no vierte lágrimas!
es tierra improductiva, estéril, seca,
que las semillas que sobre ella caen,
antes de echar raíz, mueren, se quemán.

XX

«Yo,—continuó el anciano—amparé al niño,
y sepultura dí á la infeliz muerta;
hice del niño un hombre, á quien aprecio,
quien me profesa gratitud sincera...

«Aquella acción me dió la paz del alma,
que nunca hallé en el vicio; y en mis penas
sólo el grato recuerdo del bien que hice,
del corazón todo el pesar ahuyenta:
sé que existen dos almas que me quieren
y cuya gratitud es grande, inmensa:

un hombre, que en el mundo me bendice;
un ángel, que en el cielo, por mí ruega.

XXI

«Del vicio huí; fundé un hogar, familia;
se acrecentaron luego mis riquezas;
hice cuanto bien pude, y á mis hijos
les he guiado por la misma senda:
desde entonces la paz en mi alma vive
y nada me remuerde la conciencia.

«Ved cuanto bien me dió aquella limosna
que al pobre hacía por la vez primera.»

XXII

Por esto, digo, al ver cómo malgastan
algunos poderosos, sus riquezas;
las mujeres, en lujo innecesario;
los hombres, en caprichos y en vilezas:

«Dejad los devaneos, las locuras,
las ricas joyas, las lujosas prendas,
que las mejillas del mendigo azotan
y acrecen el dolor de la miseria.

Dad al que es pobre y necesita alivio
si quereis ser felices en la tierra;
si deseais, que cual tesoro inmenso,
la paz de Dios en vuestra casa sea,
el huérfano, el mendigo, el desgraciado,
jamás cerradas hallen vuestras puertas;

sea el timbre mejor de vuestras glorias
el llanto consolar de la miseria:

¡Hombres! sereis vosotros los enviados
de la amorosa madre Providencia,
y vosotras, bellísimas mujeres,
los ángeles de Dios sobre la tierra,

1886.

LA LITERATURA

Terminada la colección de mis *Poesías*, cuya publicación algunos sudores y fatigas me cuesta, voy á dar acabamiento á mi libro con un articulejo en prosa, pues quiero que sepas, lector de mi alma, que soy tanto ó mas aficionadillo al arte de escribir sin más trabas que la gramática, que al arte de estivar pensamientos, imájenes, oraciones y palabras en los estrechos moldes de versos y de estrofas, que si á veces tienen cierta musiquilla grata al oído, suelen pecar de forzados y á veces de falta de sentido y claridad. La única clase que se aparta un tanto de esa ley fatal, que conduce á la mayor parte de los poetas á llenar sus poesías de ripios, es el verso libre,—que no por su libertad deja de ser difícilísimo—y estirándolo, estirándolo, el endecasílabo asonantado. Y como yo pienso, si Dios no me deja de su mano, dar á la estampa en los dias venideros algún enjendro mio en prosa llana, no está demás este trozo al final de mis versos para que sepas á que atenerte para cuando llegue el caso.

Pídote, pues, por mi artículo mil perdones, y te suplico que no me recrimines diciendo que te doy *gato por liebre*, pues quince cuadernos de versos te prometí y catorce te entrego, más uno en prosa. Seguro estoy de que no has de quejarte, pues, tratándose de obras mías, en verso y en prosa, no hay tales *liebres*; todo son *gatos*.

*
* *

Y vamos con mi articulejo. El cual no lleva más pretensiones que la de romper una lanza en honor de las letras españolas, en nuestros tiempos por felices ingenios cultivadas y por muy pocos lectores sostenidas.

Aún en los tiempos de mayor decadencia ha tenido España quien elevase muy alto su nombre en la esfera del arte. Y ¡vive Dios! que parece cosa de milagro, pues esceptuando aquellos tiempos en que había nobles señores que apoyaban á algunos, siempre los hombres de letras han padecido bajo los rigores de la desgracia, trabajando solamente con la esperanza de adquirir gloria, pues la fortuna no se mezclaba con ellos para nada.

Sin remontarnos al siglo de oro de nuestra literatura, aquel tiempo feliz para el arte en que florecieron Cervantes, Calderon, Quevedo, Lope de Vega y tantos otros cuyos nombres glorias son de nuestra patria, tenemos en el presente siglo á Quintana, el Tirteo de la guerra de la Independencia, á

Lista, Alcalá Galiano, Moratín, Larra, Bretón de los Herreros, Espronceda, los duques de Rivas y de Frías, Martínez de la Rosa, Mesonero Romanos, Ramón de la Cruz, Vargas Ponce, Cabanyes, Monroy, Tassara, Hartzembusch, García Gutierrez, Aguilera y otros muchos que dieron su tributo á la muerte, unos ya ancianos, otros en la flor de su edad, sin ver lucir para ellos ni un rayo de esa gloria tan ambicionada; pues ha sido necesario que desaparecieran del mundo para ser ensalzados y glorificados por algunos de sus compatriotas. Por algunos, digo, pues los más ni siquiera tienen noticia de que tales hombres hayan existido. Y si alguno de esos *mue*
tos inmortales fué admirado en su tiempo,—como, por ejemplo, Quintana, que fué coronado en el Senado de la nación,—tuvo que batallar contra la miseria, con el dolor de ver que sus obras, aplaudidas y ensalzadas, no le daban siquiera un pedazo de pan. De Quintana se cuenta que para acudir al Senado el día de su coronación, tuvo que pedir prestados á un amigo cincuenta duros, para comprarse un traje de etiqueta... La corona con que ornaron sus sienes, en aquel día memorable, era de oro: ¡tal vez la cena del ilustre anciano fué de lágrimas!

Y sin apartarnos de nuestros días, hemos tenido á Becquer y á Revilla, aquél un gran poeta que formó escuela, y éste un gran crítico, un crítico de primera fuerza, los dos muertos en su juventud, y uno y otro dejaron á sus esposas libros inimitables y una miseria desastrosa. ¿De qué le valieron á

Becquer sus *rimas*, prodigios de poesía y sentimiento? ¿De qué á Revilla sus versos, sus libros de crítica y sus notabilísimos discursos del Ateneo?

Para remediar la aflictiva situación de las viudas de esos dos grandes hombres, sus amigos sufragaron los gastos de una edición de sus obras..... ¿pero se habrán vendido muchos ejemplares?

Difícil es de creer y casi podemos asegurar que nó, pues en esta bendita tierra española tenemos mucha afición á leer de prestado, cuando leemos.

Hoy, por fortuna, se ha desarrollado en algunas partes—no en muchas—de la nación, cierta aficioncilla á la lectura; pero no con el fuego con que debería de haberse desarrollado. Hoy no mueren de hambre ciertos escritores; pero más es debido á que todos ellos tienen un refugio en la política que á lo que sus obras les producen.

Ese ilustre anciano, ese Zorrilla que es el sol de la poesía española, grande aun en sus defectos; ese español que es el primer poeta leyendario del siglo, en cuyo género nadie en Europa ha podido rivalizar con él, es el ejemplo vivo de lo que estoy diciendo. Por su amor á la literatura abandonó el estudio de las leyes á que le dedicaba su padre; huyó de la casa paterna y se refugió en Madrid, en donde viviendo miserablemente, desconocido, roto y mal alimentado, escribía versos. Era un niño. La muerte de Mariano de Larra, el insigne *Figaro*, le inspiró una poesía. Mostróla á un joven conocido suyo, y éste le instó á que la leyese en el campo-

santo el día del entierro de Larra. Zorrilla se escusó alegando que *no tenía ropa decente*.... En fin, acordaron que el joven amigo, de cuyo nombre no puedo acordarme, leyese la poesía y que el poeta asistiera como espectador. Pero su amigo que conoció el mérito de aquella composición, cuando estuvieron en el campo-santo delante de un sin número de artistas, literatos y políticos, que acompañaban el cadáver, puso los versos en manos de Zorrilla y le obligó á que los leyese él mismo.

Cuando terminó la lectura, casi todos los presentes lloraban, y fué Zorrilla, de los brazos de los unos á los otros, llevado como en andas por todo el fúnebre recinto.

Pero ¿de qué le valió este triunfo? No mucho tiempo después escribía el *D. Juan Tenorio* y lo vendía por un puñado de reales, impelido por la necesidad. Esta obra, la más popular de España; esa obra que nunca envejece, ha producido montones de oro á sus editores, mientras su autor, el vate castellano, luchaba con la pobreza, y lleno de desencantos, abandonaba su patria y marchaba á la lejana América. Volvió de allí, y España le recibió con júbilo, con repique de campanas y colgaduras, y cuando esa otra gloria española, Castelar, el primer orador del mundo, pidió para el poeta una pensión á la patria; una miserable cantidad anual para recompensar en la vejez al egregio vate, los *padres de la Nación* han dejado pasar muchos meses antes de concederla.

Y aquí donde se enriquecen los toreros y se dan á ciertos cantantes tres mil duros por una sola noche, vemos á Tamayo, el gran dramaturgo, colgar la péñola que escribió *El Drama Nuevo*; á Balart, eminente crítico, arrinconar las disciplinas, que tanta falta están haciendo en la República de las letras, y vejetar como un simple empleado en una oficina, y al crítico y novelista D. Juan Valera casi abandonar las tareas literarias y dedicarse á la diplomacia en donde recoje seguramente mejor cosecha que cultivando las letras.

Según nos cuenta la insigne escritora Emilia Pardo Bazán, á Valera no le ha valido *su perla* «Pepita Jimenez» más allá de seis mil reales... ¡seis mil reales una joya de la literatura moderna! ¿Creeis que á Galdós, el mejor de los novelistas españoles de nuestros días—á quien Dios conserve muchos años para gloria de España—le producirá la venta de todas sus obras, que son ya muchas, tanto como ganarán en la presente temporada Gayarre, la Patti, Massini ó Tamagno? ¿Y valen acaso las notas que emitirán todos los cantantes del mundo lo que vale un capítulo de «La Desheredada» ó de «Gloria»?

Y todo esto ¿por qué? Por la falta, no ya de amor á las letras, sino de criterio y de patriotismo de que adolecemos los españoles.

En una parte del público ha echado muy profundas raíces la idea de que la literatura no *reporta* ningún beneficio al país; que los escritores son gente perezosa de suyo y que se entretienen en enga-

ñar á los *tontos*, empleando un tiempo preciosísimo en contar sandeces y difundir mentiras. Para esta clase de gentes, el trabajo intelectual no es trabajo, hacer versos es cosa de bienaventurados, y como manejando la pluma no encallecen las manos ni se ensucia la ropa ni se está uno expuesto á la intemperie, el trabajo del escritor merecería, más que premiado, ser castigado con penas severísimas, y al *individuo* que de tal modo pierde el tiempo, se le debería de poner una azada en la mano y enviarlo á sembrar patatas por esos mundos de Dios. Porque vamos á ver: ¿qué demontre de utilidad *reportan* al país las novelas y los versos?—Esta clase de mamíferos, á lo que se ve, tienen su *bello* ideal: que todos los hombres tengan callosidades en las manos y que todo lo que no sirva para comer, dormir y rascarse, sea declarado inútil y cosa de estorbo. Estos no leen ni de prestado. Y pecan... de falta de criterio.

No tan numerosos como estos, no tan ignorantes, pero más pretensiosos son los *científicos*, como yo les llamo. Estos no leen mas que libros que no entienden: la astronomía, la filosofía moderna y la política les tienen fuera de quicio. En cuanto han leído un par de obras de Flammarión, Renán, etc., ya se creen poseedores de la ciencia universal. Suelen ser muy dados á la discusión y cuanto más peliagudo es el tema, mejor. Que no vaya nadie á hablarles de versos ó de novelas.—¡Cállese, V., hombre; si fuera una obra filosófica!—Estos lectores

tan *hondos*, tan *hondos*, que se pierden de vista, no gustan de cosas superficiales.

Pero los que más daño causan á las letras patrias son los afrancesados. Aquellos pecan de ignorantes; éstos de falta de criterio y de patriotismo, que es la falta más fea que hombre alguno puede tener. Y esto no sólo en cuestiones literarias sino en toda laya de cuestiones. Que un alcalde de monterilla comete una barbaridad; pues enseguida, como si el sol se nos cayese encima, ponen el grito en el cielo, diciendo las mayores perrerías y concluyendo con el imprescindible estribillo «¡cosas de España!» como si en todo lo demás del mundo no hubiese alcaldes bárbaros; como si *en todas partes no cocieran habas*; como si los españoles seamos todos dignos de la horca y en el extranjero sean los hombres angelitos de Dios. Todo cuanto francés nos entra por las puertas es modelo de lo bueno é inimitable. No saber francés es falta que no tiene perdón de Dios. Y en cuanto á libros no hay que hablar. ¿Qué poeta español puede compararse á Víctor Hugo, qué novelista á Balzac ó á Dumas, qué autor dramático á Corneille ó á La Moliere en otros tiempos y en los presentes á Sardou ó á Feuillet? Nuestros escritores son serviles imitadores, cuando nó plagiarios, de los de Francia..... porque ¿en qué libros españoles hallamos la originalidad, la *trascendencia*, la profundidad y el estilo de los autores franceses?

Todo esto y muchas cosas más suelen soltar

esas buenas gentes, para las cuales el amor á la patria es letra muerta, y no saben—ú olvidan, que es mucho peor—que Corneille y La Moliere se inspiraron, para escribir sus obras en el teatro español que crearon Calderón, Lope de Vega, Tirso de Molina, Rojas, Moreto, Ruiz de Alarcón, llegando hasta tomar actos enteros de comedias españolas; ignoran que para gloria de este mismo teatro nacional hemos tenido á Moratín, Eguilaz, Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega, Mariano de Larra, al insigne sainetero Ramón de la Cruz, á García Gutierrez, Ayala, Rodríguez Rubí y gran número de autores dramáticos, que ilustraron la escena española y supieron elevarla, en nuestro siglo, á tanta altura como se elevó en el siglo xvii; no quieren saber que en nuestros días, viven, para continuar las gloriosas tradiciones de ese mismo teatro, los Echegaray, Palencia, Llanos, Ortiz de Pinedo, Sellés, etc., cada uno de los cuales posee, nó la fortuna y la fama, pero sí el ingenio y el arte que puedan tener los autores dramáticos franceses, á pesar de los pesares.

Esto tocante á literatura dramática, que en cuanto á los otros ramos de poesía olvidan también que el idioma, que en mantillas aún, produjo el «Romancero del Cid»; el idioma en el cual escribieron Garcilaso, Herrera, Roscán, Rioja, Ercilla, Góngora, los Argensola, que son una mínima parte de la extensa lista de celebrados poetas que podría escribir aquí, tiene todavía fuerzas y vigor bastantes

para no tener nada que envidiar de ninguna otra poesía extranjera; bástale para ello, contar con Zorrilla, que en su vejez nos ha dado el sublime *Canto del Romero*; con Campoamor, con Nuñez de Arce, con Manuel del Palacio, sin pasar á los poetas de segunda fila, que en otras partes, tal vez y sin tal vez, serían alabados, incensados y puestos por encima de Píndaro y de Horacio. ¿Que hay muchísimos poetas chirles, poetas de tres al cuarto, usurpadores de tan glorioso título, en España? Sí, señores; tienen ustedes razón; los hay, y yo uno de ellos; pero ya les dije que en todas partes *cuecen habas, y... en Francia á calderadas*; tengan ustedes que la poesía es tan agradable que todos queremos tener poéticas facultades; que para llegar arriba es preciso empezar por abajo; que ustedes, cuando fueron llevados á cristianar no sabían el Credo—por lo cual hubieron de recitarlo por ustedes sus padrinos—y ahora no solamente lo saben de memoria sino que se atreverían á enseñarlo. Con lo cual quiero decirles que dejen á los principiantes que lo hagan mal, que si son verdaderos poetas ya les crecerán las alas, y si no lo son arrinconarán la lira ó graznarán sin que nadie les atienda, y que en poesía, como en todo, y aún más que en todo, no todos pueden ser primeros, de los cuales tenemos algunos, sí, señores; algunos, aunque á ustedes les amargue.

Al pasar á la novela ya veo á mis señores afrancesados, radiantes de júbilo y con sonrisa triunfante,

considerarme cojido; y en verdad que en este punto casi estoy por darles gusto, pues desde que Cervantes escribió su *Quijote*;—al cual ningún libro francés, ni antiguo ni moderno, puede compararse—desde Quevedo, Hurtado de Mendoza, el Padre Isla y otros muy pocos, acá, la novela española ha sido poco y mal cultivada, preciso es confesarlo, y no seré yo quien menos lo lamente. Pero si la novela no fué muy del gusto de nuestros escritores ó si no tuvieron facultades para crearla, lo mismo aconteció en otros países. Lo cierto es que en España no se escribían novelas, ni buenas ni malas, cuando de la noche á la mañana, nos acometió el malaventurado estranjerismo, que mina poco á poco nuestras costumbres y nuestras tradiciones, que amengua nuestro antes tan puro patriotismo, que rebaja nuestro carácter, y que echa á perder nuestro idioma.

Nos entró una intensísima fiebre traductora y las novelas francesas fueron á montones vertidas al castellano. A la traductora, siguió la fiebre imitadora y pronto nos cayó encima el diluvio de los *novelones*, de que nos habla Pereda; de esos modernos libros de caballería; novelas inverosímiles y absurdas,—regocijo de modistillas, covachuelistas, horteras y mamás sensibles—que buscan y no logran encontrarlos, su cura y su barbero, sin duda porque la mano de Dios quiere castigarnos, por haber dado entrada al mal que Cervantes extirpó.

Pero, afortunadamente, algunos felices ingenios

fueron tocados en el corazón por alguna idea divina, y salió, por fin, de entre el enjambre de malos libros que nos inundaban, la novela española, como nuevo sol, que después de larguísima noche viene á iluminarnos. Y salieron Galdós y Pereda, y Valera y Alarcón, y Emilia Pardo Bazán y Palacio Valdés, y hoy Picón, Alas mañana, van saliendo, saliendo novelistas hasta formar una brillantísima cohorte, que nada tiene que envidiar de nadie.

Sí, señores afrancesados; tengan ustedes siquiera una pizca de criterio, pues no quiero pedirles patriotismo; tómense ustedes siquiera la *molestia* de leer las novelas de los escritores antes dichos, y verán que no hay por qué andar en busca de novelas francesas teniendo en casa quien nos las dé de tan buena calidad. Y dígoles esto por dos razones: porque si no conocen ustedes la lengua francesa y han de valerse de traducciones, comerán las más veces *gato por liebre*, por aquello que dijo el alemán Juan Pablo Richter, que con ciertas obras—todas las buenas, en mi sentir—sucede lo que con los frescos, que para trasladarlos ha de ser con la pared en que están pintados; y en segundo caso, si la conocen ustedes pero no muy profundamente, corren el peligro de quedarse á oscuras, en muchas ocasiones, sin poder apreciar las bellezas de estilo y los conceptos que el libro contenga.

Y no crean ustedes, señores míos, con lo que dicho llevo, que niegue yo, que ni quiero ni puedo, lo mucho bueno que en materia literaria en Fran-

cia se ha escrito y se escribe, y que quiera desconocer el genio de los buenos escritores franceses, que aunque bien poco de sus obras se me alcanza, no raya tan alta mi ignorancia que juzgue lo bueno y lo malo de mi patria como superior á lo demás del mundo; pero me indigno y me rebelo contra todo lo que tienda á desprestigiar nuestra literatura, que es una de las pocas glorias, que del ya añejo naufragio de la preponderancia española, nos queda. Me rebela todo lo que sea ir á pedir prestado de lo que en casa nos sobra; me rebela y me indigna lo que mil veces he visto; librerías repletas de obras de literatura, y por milagro y muy arrinconada, sin duda por vergüenza, una obra española.

Y sepan ustedes que no es oro todo lo que reluce, que también el *double*, si se le cuida, tiene esa propiedad, y que en Francia hay mucho bombo y mucho platillo y muchísimo más patriotismo que por acá; que no hay un francés que dijera de las cosas de su *France* lo que ustedes de su propio país andan diciendo á todas horas.

*
* *

Y dicho esto, que de mucho tiempo atrás ganas tenia de salir afuera, díganme ustedes si no es cosa de milagro que en España, con semejante público; con la corta porción de lectores que nos queda después de restar el gran número de los que no leen, de los que sólo gustan de libros científicos y de los

afrancesados, haya quien se dedique á escribir y andar en tratos con las Musas.

¿No es verdad que parece mentira, que sin protección y hasta con aversión de parte del público, tengamos *literatura*?

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Prólogo	V
Soy el poeta de mí mismo	9
La cuna	11
Las esperanzas	13
¡Viva la Patria!	14
Te amé y tú me amaste	17
¡Si fuera confesor!	18
La dama de noche	22
Yo te adoré cuando niño	24
Carta á un amigo	26
¡Cuidado!	31
Las quintas	33
Cantar	37
El pescador	38
Genialidades del tiempo	41
La franqueza.	44
Mi pueblo natal	41
Contra los celos	52
Yo soy poeta	54
Carnaval.	58
Cantares	60

	Págs.
Cuando de amor herida	64
Al ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha	65
El ciego de la guitarra	66
¡La poesía es libre!	72
A la Patria	75
Licurgo	80
La Libertad	81
La Fortuna	82
La pajuelera	83
Historia vulgar	89
A mi primita María Morey Pablo	95
El porvenir	97
Entre un horrible montón	99
Melancolía	101
Vieja, habladora y beata	105
¡Esperanza !	107
La idea	109
El cumpleaños	111
Soberbia	113
Dolora	117
A la memoria de mi anciano amigo el médico y poeta menorquin D. Andrés Hernandez Guasco	118
Las nubes	122
Al dar el «Ave María»	124
La conciencia	132
La plegaria	135
Historia de un cantar	141
Los desengaños	144
Recuerdos y esperanzas	150
¡Esperanza, Andalucía!	153
Orad por los muertos	157
El deseco	161
¿De qué he de hablar?	164
Trafalgar	169
Cubridme de laureles, sacras Musas.	174
¿Sabes aquella rosa que me diste?	176
Epitalamio	177
¡Qué hermosa estás vestida, así, de luto!	180
A la muerte de Quintana	183

	Págs.
La luna	185
El sol	187
Gibraltar	189
Los Quijotes	193
Cuando naciste	195
No sé por qué, alma mía	197
El invierno	198
A la memoria del poeta Ventura Ruiz Aguilera	200
Cuando furiosa estalla la tormenta	204
La Limosna (poemito)	207

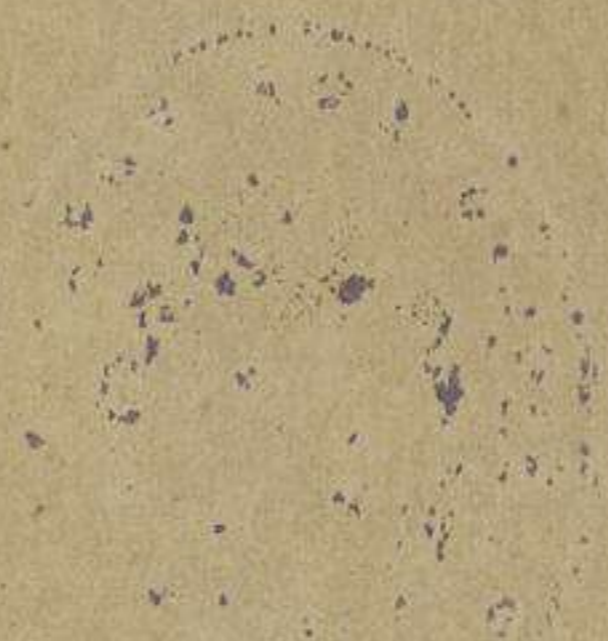
POESÍAS MENORQUINAS

Casi senza color, una floreta	127
Sa guiterra	128
Jo vull guañar la corona	129
Lo rubor	131
Mater dolorosa	145

ERRATAS PRINCIPALES

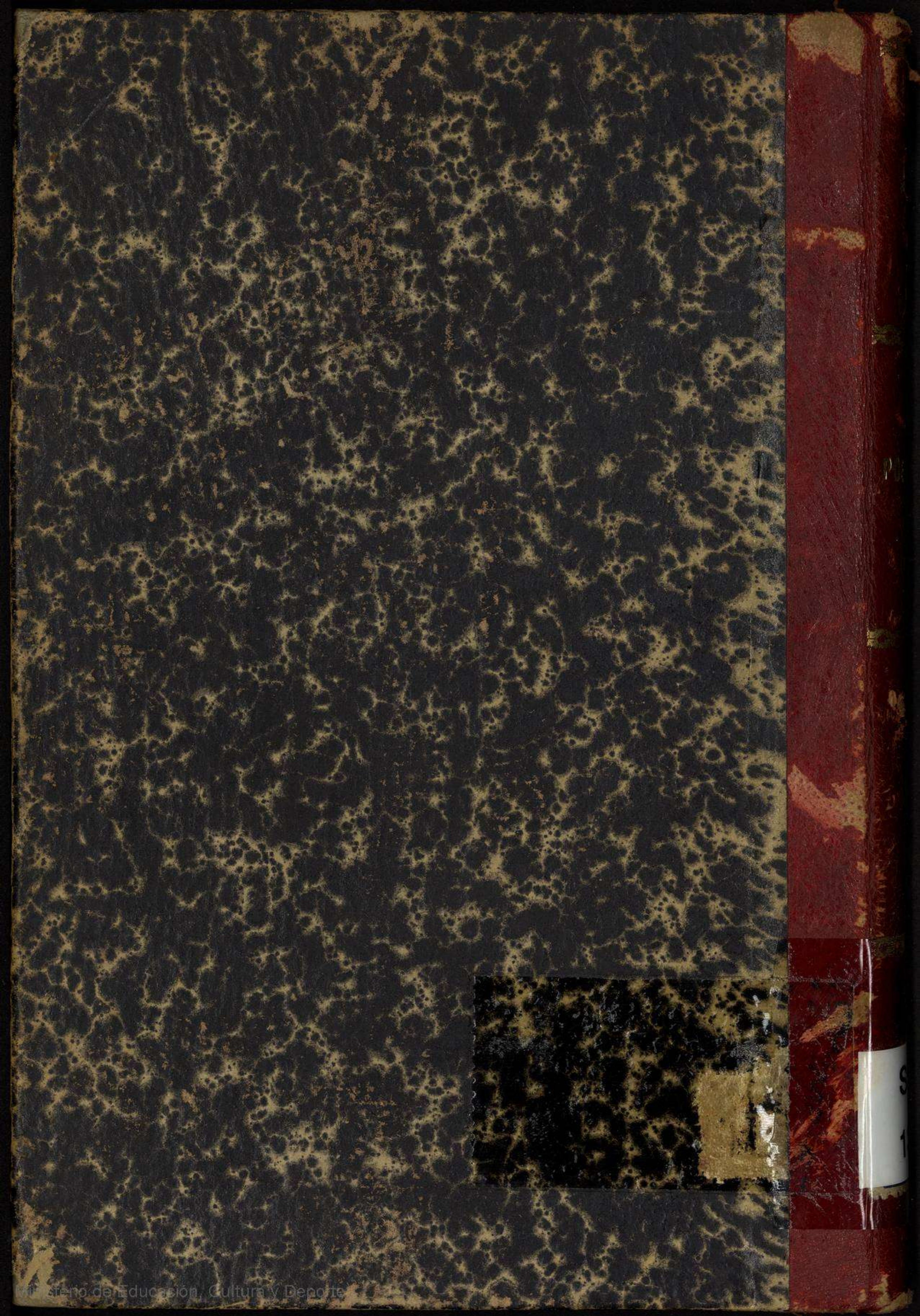
Págs.	Verso	Dice	Léase
20	14	y no amo	yo no amo
26	12	los jococos	los jocosos
30	6	hasta que que topes	hasta que topes
45	7	que profeso yo	que te profeso yo
47	27	pobrá ser	podrá ser
57	21	el sentimtimiento	el sentimiento
68	24	sus papres	sus padres
78	18	tantos genios tejeron	tantos genios tejie- ron
82	1	Sediento de paceres	Sediento de placeres
85	7	la que entoncas	la que entonces
85	20	ni la inquietaban	ni le inquietaban
108	11	tus refiejos	tus reflejos
151	8	por es faz	por esa faz
160	4	quien al peusar en él vierta,	quien al pensar en él vierta sus lágri- mas,
201	18	no necesitan la belleza	no necesita la be- lleza
231	27	Roscán	Boscán
232	13	tengan ustedes que	tengan ustedes pre- sente que





109
150

109
150



S
1

RUIZ

POESIAS

SM

130

Ministerio de